

I. Alta hora

Primera Antología
de Cuento
Fondo Blanco



Primera Antología de Cuento

Fondo Blanco

I. Alta hora



CONTENIDO

Primera parte

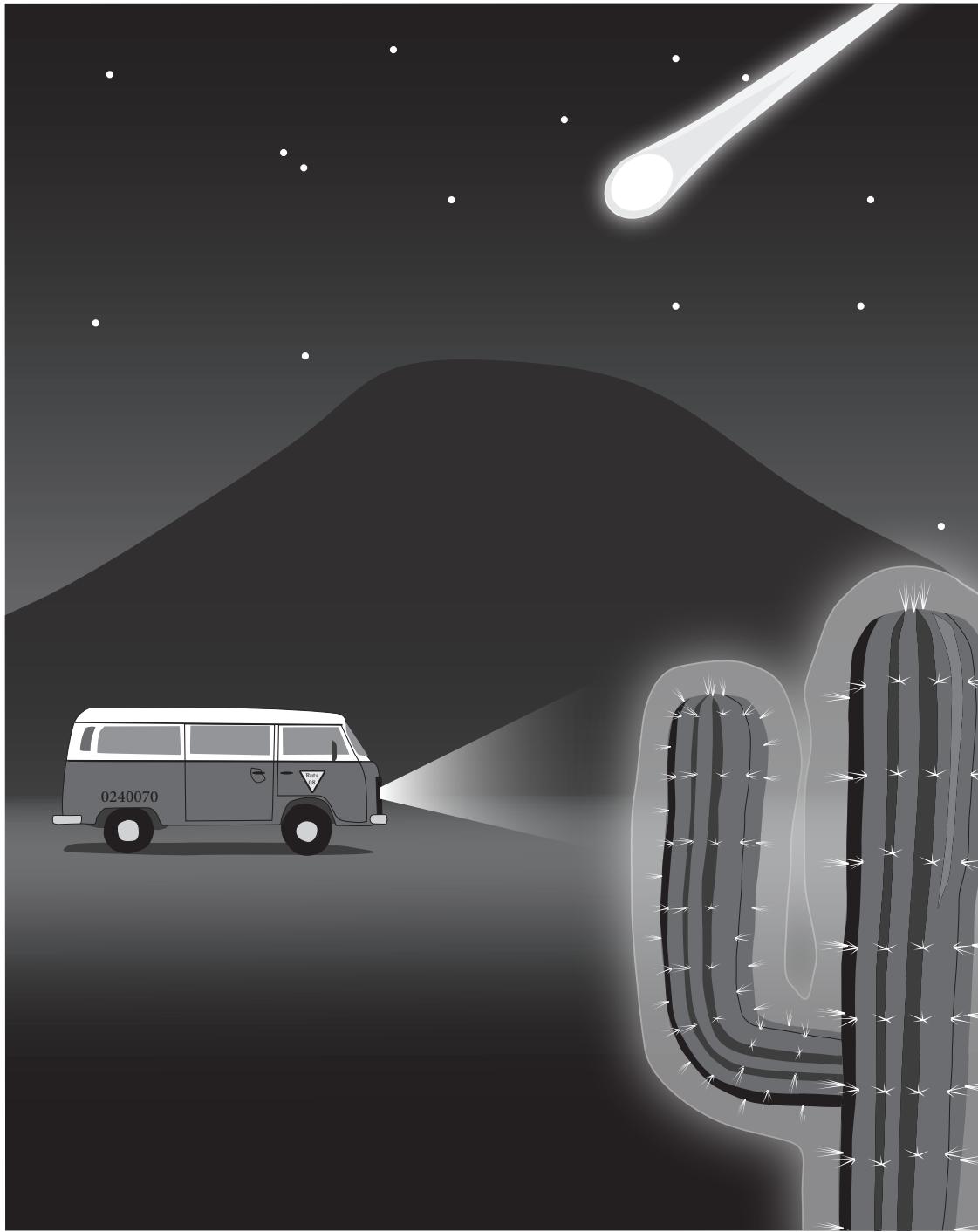
Campo de fuerza	4
Minutos aquí	10
Infinita abnegación	18

Segunda parte

Extinción	25
Los niños	30
La colección	39

Tercera parte

La boca del diablo	49
La génesis de una duda	55
Nocturnal 6	60



Campo de fuerza

Krsna Sánchez

1

Aproximó la punta del dedo hacia el cactus y no se picó. Una barrera de energía sólida se interponía entre su piel y las espinas. Vertió agua sobre la pequeña maceta, suficiente para ahogar a la planta. Incapaz de filtrarse, el líquido resbaló por los costados sin humedecer la porción de tierra. Las últimas gotas fluyeron despacio y trazaron el contorno de la sutil esfera que rodeaba al cactus. Tomó un martillo y descargó un golpe que hubiera hecho saltar la maceta en pedazos, pero la capa energética absorbió el impacto sin deformarse siquiera un poco. A Lázaro no le cupo duda, el cactus estaba cubierto por un campo de fuerza. ¿Desde cuándo gozaba de esa protección? El hombre lo ignoraba. No atendía muy a menudo al tímido vegetal que adornaba la ventana del taller. En lo que a él concernía, se trataba de un cactus común y corriente, comprado en el vivero de la ciudad un par de años atrás. El encierro no parecía afectar su vida, si podía considerarse vida el metabolismo acético de una cactácea. Lázaro consideró irónico que un campo de fuerza recubriera aquella planta que parecía una fortaleza blindada por su propia naturaleza. ¿Acaso el reino vegetal no contaba con representantes más delicados? La cápsula protectora sería mejor aprovechada por una orquídea quebradiza o un frágil tulipán.

Tomó la esfera con la maceta dentro y la ocultó en el fondo de un viejo baúl, junto a otras cosas cubiertas por campos de fuerza.

2

El resto de la mañana se dedicó al trabajo pendiente con la intención de no prestar atención a todas las inquietudes que cruzaban por su mente. Sobre la mesa del taller aguardaba un montón de añicos coloridos: adornos rotos, trastes resquebrados, ceníceros partidos, floreros estrellados y estatuillas decapitadas. Esencialmente, Lázaro trabajaba con toda clase de objetos que habían sufrido algún daño y necesitaban una reparación. Cualquier cosa que estuviera fuera de esa dinámica resultaba incomprensible para él.

Eligió un plato roto de porcelana. Dispuso los trozos en el orden correcto, como si resolviera un rompecabezas. El plato mostraba la imagen de un dragón de estilo chino. Se trataba de una imitación mediocre, digna de un comprador con pésimo gusto. No obstante, Lázaro esperaba ponerle un buen precio después de repararlo.

Aplicó una línea delgada de pegamento en los bordes irregulares y las unió con cuidado, para evitar que quedaran márgenes incongruentes en la figura del reptil enroscado. A continuación, desvaneció el rastro de la grieta con una capa de arcilla y alisó la superficie hasta librirla de irregularidades. Miró el plato a través de una lente de aumento. Solamente unas líneas blanquecinas insinuaban el arreglo. Preparó pinturas que igualaran las tonalidades originales. Con un par de brochazos de azul celeste rellenó el fondo del plato y, mediante unas finas pinceladas doradas, completó el diseño escamoso del reptil. Para terminar, aplicó una cubierta de barniz que aseguraba un acabado reluciente.

Luego de secarse por un rato, el plato gozaba de mejor aspecto que cuando estaba nuevo. Lázaro descubrió una belleza inexplicable en el resultado de su trabajo. Consideró que, si en el taller existía algo que merecía el resguardo

6 Alta hora

de un campo de fuerza, tendría que ser el plato del dragón en lugar de cualquiera de las otras cosas.

En ese momento sonó la campanilla que anunciaba la llegada de un cliente. Dejó el traste sobre la mesa y se dirigió a la parte delantera del negocio.

3

Encontró a una mujer que curioseaba entre joyeros, cajas musicales, casas para aves y otras baratijas. Permitió que ella terminara de mirar y se acercó a atenderla.

—Hola, ¿está interesada por algún artículo en especial?

—La verdad, no. Vengo a traerle algo, para ver qué puede hacer con esto.

Sacó un paquete de su abrigo, se inclinó frente a un mostrador y lo colocó encima. Lázaro no reaccionó de inmediato, así que ella comenzó a retirar la envoltura con una lentitud que acentuaba sin querer el misterio de su contenido. Por un instante, Lázaro temió que le revelaría un nuevo campo de fuerza. Pero simplemente sacó una placa metálica muy dañada.

—Me gustaría que la restaurara.

Él tomó con delicadeza la pieza, pues existía el riesgo de que se desbaratara entre sus manos. Notó que había sido afectada por un severo fuego. El metal estaba deformé y ennegrecido. Podía distinguirse la forma del hexágono original, a pesar de los lados irregulares y las puntas derretidas. En uno de los ángulos superiores quedaban los mechones requemados de lo que fue un listón. La superficie conservaba rastros de algunos relieves que sobrevivieron al fuego. Lázaro reconoció el perfil de un águila y la empuñadura de un sable, además de una fecha casi ilegible, ¿1972 o 1992? No logró distinguirlo. Todo indicaba que era una medalla militar. Sin importar la acción heroica condecorada, todo su valor se había perdido.

—¿Tiene mucha importancia para usted? —le preguntó a la mujer.

—Sí, es el único recuerdo que quedó de mi esposo.

—Comprendo, lo siento mucho. Le doy mis condolencias —las palabras sonaron huecas, a pesar de que Lázaro se esforzó por expresarse de otra manera.

—Mi esposo no ha muerto —aclaró la mujer con candidez—, nada más se volvió loco. Prendió fuego a sus pertenencias antes de irse a vivir en una cueva a las afueras de la ciudad.

Lázaro no supo qué contestar ante aquella extraña revelación. ¿Qué pudo provocar que un valiente soldado perdiera el juicio, se deshiciera de sus cosas y huyera lejos de todo el mundo? Lo más extraordinario era que su esposa aún deseaba recuperar el único recuerdo que se salvó.

Devolvió el pedazo de metal a su dueña.

—Discúlpeme, no hay nada que yo pueda hacer —dijo con la entonación de un médico apesadumbrado—. No puedo restaurar la medalla.

—Comprendo, despreocúpese. Supongo que a todo le llega su final. Sería feo que las cosas no se acabaran nunca.

En ese momento las miradas de ambos se entrecruzaron. Lázaro experimentó un profundo sentimiento de intimidad.

—Tengo algo para usted. Espere, por favor.

Fue al fondo del bazar y reapareció enseguida.

—Quiero regalarle esto.

Sorprendida, la mujer aceptó el plato del dragón.

4

Al anochecer, se encerró a solas en el establecimiento. Sacó los objetos ocultos en el baúl y los alineó sobre la mesa, según el orden con que aparecieron. En la oscuridad del cuarto, observó el leve brillo de las esferas y repasó su contenido: una perilla suelta de una puerta, una cigarrera de madera, una moneda de cinco pesos y el pequeño cactus, respectivamente. El campo de

8 Alta hora

fuerza daba a las cosas un aspecto etéreo e imperturbable, semejante a la belleza de los insectos preservados en ámbar. No obstante, reflexionó Lázaro, además de embellecerse, se volvían inútiles por completo. La perilla ya no abriría ninguna puerta, el tabaco de la cigarrera no sería consumido jamás, la moneda no compraría nada y, en cuanto al discreto cactus, no tendría oportunidad de dar flores. Sinceramente, hubiera preferido destruirlos. Pero sabía que no podía ocasionarles el menor daño. Antes lo había intentado de distintas maneras con cada uno de ellos. Utilizó las herramientas disponibles en el taller y no obtuvo resultado con el martillo, tampoco con el soplete, ni con el taladro y la prensa. La barrera permaneció inmune tanto a los golpes y las perforaciones, como a la presión y al calor. Quizá por ningún medio podría arañarse siquiera el campo de fuerza. ¿Qué clase de energía componía ese cascarón? Cuando lo tocaba resultaba suave y ligero, similar a una burbuja de jabón. Lázaro no podía imaginar su origen; dudaba que fuera un fenómeno natural, pero tampoco concebía una tecnología capaz de producirlo.

Durante las semanas anteriores fue descubriendo las cosas por separado dentro del bazar; a excepción de la moneda, que encontró en la banqueta, muy cerca de la entrada. En un principio, cuando descubrió la esfera inicial, esperó que fuera un hecho aislado. Nada más que una anomalía en el universo. Después de hallar la segunda, deseó que se tratara de una simple coincidencia. Y con la tercera, imaginó que se cerraría la cuenta, como en los cuentos de hadas. Ahora, ante la presencia de cuatro cúpulas, comprobaba la posibilidad de un fenómeno extendido. ¿Entonces sería mejor que dejara de guardar el secreto celosamente? Él mismo no lograba asimilar el suceso sin trastornarse un poco; mucho menos se fiaba en la reacción de otra persona. O quizá, más allá de ese motivo racionalizado, no contaba con una persona de confianza para decírselo. Por la tarde estuvo a punto de revelar los campos de fuerza a aquella mujer. Pero se arrepintió en el último momento. Tal vez, cuando resolviera las incógnitas, compartiría la verdad con ella.

Lázaro estaba seguro de que el campo de fuerza cumplía con la función de proteger esos objetos, obviamente. Pero no tenía idea de qué riesgo especial

corrían. También le era evidente que la protección conllevaba un acto de selección. La energía desconocida había optado por resguardar esas cuatro cosas de entre todas las disponibles. ¿Por qué esos objetos en particular y no otros? ¿Cuáles eran los fundamentos de discriminación? En caso de que se debiera a una intervención humana, Lázaro no encontraba una lógica detrás de esa colección, o por lo menos no una lógica que compartiera sus mismos razonamientos. La fuerza no cubría nada que fuera una reliquia. Por el contrario, cualquier persona consideraría que seleccionó un montón de basura. Los objetos carecían de valor en sí mismos; únicamente cobraban importancia en el interior de un campo de fuerza. Objetos iguales abundaban en todo el mundo, por lo tanto, cabía suponer la aparición de más campos de fuerza ¿Cuántos habría? A lo mejor decenas o cientos repartidos por distintos países. ¿Y en posesión de quién estaban? Tal vez en manos de dueños que los miraban con igual desconcierto en aquel momento, incapaces de dar respuesta a preguntas similares. O bien, pensó Lázaro, sólo él estaba enterado de aquella situación. Y si fuera así, ¿por qué él? Siendo muy optimista, se le ocurrió que era la persona indicada para desentrañar el enigma del campo de fuerza. Los cuatro objetos representaban piezas de un rompecabezas que debía resolver. Esa posibilidad enaltecía el papel que desempeñaba dentro del misterio, así que le pareció la más oportuna.

Guardó de nuevo los campos de fuerza en el baúl. Apagó las luces y abandonó el taller. Volvió a pensar en la mujer. ¿Ya habrá olvidado la medalla de su esposo? ¿Le habrá gustado el plato del dragón? Con esas preguntas en la cabeza, el sujeto regresó a casa con un sentimiento cercano a la alegría.

5

Al día siguiente el mundo fue destruido.

Minutos aquí

Érick Salgado

Hoy al salir del trabajo fui a la base de combis para irme a mi casa. Llegué a las 8:50; diez minutos antes de que el transporte público de mi colonia terminara su jornada. No había ninguna combi. Se me hizo raro, pero me recargué en la pared a esperar alguna. Sentadas en la banqueta, había otras ocho personas de diferentes colonias cercanas a la mía, y con el tiempo fueron llegando más.

Cuando pasaron de las nueve de la noche, le pregunté a un muchacho de cabello chino a qué hora había llegado a la base.

—A las 8:45 —me dijo.

—No, antes; 8:30 —dijo su novia.

—Ah, sí, como 8:30.

—¿Y ya estaba así de vacío? —pregunté apuntando hacia donde se estacionan las combis. El muchacho dijo que sí. Fue más extraño que desde temprano no hubiera ninguna combi de ninguna colonia, pues ahí llegan de cuatro diferentes.

Un rato después llegó un muchacho en moto a recoger a un amigo suyo. Se fueron dos chavos y una chava. Los demás nos quedamos a esperar la combi.

Una señora que llevaba a su hija de unos cinco años cruzó la calle para

comprar un *hot dog*, de ahí se metieron a una farmacia por algo de tomar. Regresaron a la base y se pusieron a comer en la banqueta. A un señor con bastón se le antojó el bocadillo y cruzó la calle para comprar uno también, junto con un amigo suyo. Cuando iban cruzando la calle, todos los demás hicimos lo mismo. Pero al señor del puesto se le terminó el pan y fue con un colega suyo a traer más. Algunos nos quedamos esperando junto al puesto; otros cruzaron la calle a esperar en la base. Yo inicié una plática con Ana, una vecina con la que tiempo atrás había intercambiado un par de sonrisas.

—Acompañé a mi hermana a que tomara su autobús —me dijo—; si no, yo ya estaría acostada viendo tele y tomando chocolate caliente.

—Sí, el clima está bueno como para un chocolate.

—Y es muy raro; hace rato hacía muchísimo calor.

—Ya ves cómo es el clima aquí. Pero ahorita sí hace frío.

—¿Verdad que sí? Mi hermana me hace burla, que no aguento nada.

—Ella porque vive en Cuerna, ¿no?

—DF.

—Oh, peor tantito.

—Sí. Pero yo sí siento frío ahorita.

—¿Quieres mi chamarra?

—No, ja, ja. Nomás digo.

—Pues si gustas, te la presto.

Seguimos platicando hasta que llegó el señor con los panes. Todos comimos y regresamos a la base. Pasaron un par de taxis a ofrecer viaje, pero no quisimos subirnos porque querían cobrarnos más de lo normal. Lo feo era que, mientras más anochecía, más caro querían cobrar y más desesperados nos poníamos.

Cuando alguien sentía hambre, sed o ganas de ir al baño, entraba a la farmacia. Nos alarmamos un poco cuando vimos que ya iban a cerrar. A alguien se le ocurrió comprar todo lo que necesitáramos, porque ya estaban cerrando todos los locales cercanos. Unas cuantas personas no compraron nada, pues sólo tenían para su pasaje o no tenían hambre ni sed.

En un momento todos nos reunimos para conocernos un poco y para cenar. En el escalón más alto de la entrada de un local, cada quien puso algo de lo que había comprado; reunimos galletas, papas, chocolates, pan para sándwich y latas de atún. Los que no compraron nada se mantenían alejados y no dejaban de mirar al fondo de la calle, como si sintieran que una combi estaba por llegar.

—Órale, a comer —les dijo el señor del bastón.

—No, gracias, nosotros ya nos vamos. Gracias. Provecho.

El señor no les repitió la oferta, pero yo les dije que comieran algo:

—Ándenle, en lo que llega la combi.

Se acercaron con pena, pero comieron con ganas. El señor de los *hot dogs* se acercó para preguntarnos si le podíamos cambiar una lata de atún por una de chiles. El señor del bastón le dijo que se sentara y comiera; luego agregó:

—Donde comen catorce comen quince.

Cuando terminó de comer, el señor de los *hot dogs* se fue empujando su carrito y desapareció en la oscuridad al final de la calle. Nosotros nos quedamos sentados a reposar la cena.

Me había separado un poco de mi vecina, pero la vi sola juntando unas servilletas y fui a ayudarle. Nos sentamos un poco retirados del resto del grupo y comenzamos a platicar. Le puse mi chamarra sobre los hombros y me acerqué a ella todo lo que pude. Los hombres que estaban más cerca de nosotros sacaron un *six* de cervezas y aullaron emocionados. El amigo del señor del bastón dijo algo así como “de haber sabido, me aplico antes”, y de su mochila sacó una botella de tequila. Su amigo se carcajeó e hizo un tipo de brindis con su bastón.

—¿Ya viste? Y tú ya te querías ir —dijo uno de los que “ya se iban”.

Entre la oscuridad se escuchaba el sonido de las últimas cortinas de acero cerrándose y vimos pasar a un par de señores cargando arbolitos de navidad; las celebraciones estaban cerca.

Mi vecina se estaba quedando dormida. Se le contagió el sueño de la señora que iba con su hija. Para animarla un poco, le hice plática y traté de

hacerla reír, pero no funcionaba. Sin embargo, pude ver en sus ojos que no quería quedarse dormida, así que le sugerí dar una vuelta a la cuadra en lo que llegaba la combi; amablemente dijo que sí.

Nos fuimos alejando lentamente y muy juntos, casi sin darnos cuenta, para quitarnos el frío. Alguien del grupo nos preguntó a dónde íbamos. Le respondí que a dar una vuelta y nos saludó con una mano. Poco a poco, lo único que se escuchó fue nuestra respiración y nuestros pasos.

No sabía cómo seguir, cómo iniciar una conversación que valiera la pena para haber dejado el grupo, y con algo de desesperación alcancé a decir:

—Pinches combis.

—Sí, pues —respondió—. Quién iba a decir que tan temprano dejaran de pasar.

—Desde las 8:30, ¿no?

—Desde antes. Creo que hoy de plano no trabajaron.

—¿A qué hora llegaste a la parada?

—Como a las 8:20, pero lo digo porque desde las siete que salimos de mi casa con mi hermana no había ninguna. Agarramos un taxi, si no, ni salimos de la colonia.

Luego de que dijera eso, sentí que la conversación se caería si no cambiaba de tema, y pregunté por su hermana.

—Oh, y tu hermana, ¿cómo va en la escuela? —me miró un poco confundida y sólo dijo que bien.

No sé por qué, pero mientras caminábamos sentí cierta responsabilidad, como que era obligatorio tener algo con ella, lo que fuera; éramos un muchacho y una muchacha solos en la oscuridad y el frío. Parecía lógico, o instintivo. Le pregunté si tenía novio.

—Ja, ja. ¿Qué? No. ¿Por qué me preguntas eso?

—No sé. Curiosidad.

—Un hombre nunca pregunta eso por curiosidad.

—Nunca digas nunca.

—Pffff. ¿Tú tienes novia?

Sentí lo que ella debió de haber sentido: una ligera violación a la intimidad, pero suavizada con una especie de interés personal.

—No, no tengo. ¿Por qué me lo preguntas? —agregué con tono irónico, sólo por coquetear.

—Nada más, nada más. Je, je.

Como ya iba de por sí muy cerca de ella, me acerqué más, y con mi cuerpo le di un leve empujón al suyo; me devolvió uno igual y, después de intercambiar sonrisas, sentí su mano jugueteando entre mis dedos.

Cuando habíamos rodeado la cuadra, ella se sentó en una jardinera pequeña, debajo de un árbol. Yo me quedé de pie a su lado hasta que subió las piernas, sentándose en cuclillas, para que yo cupiera. Su boca quedó a la altura de mi oreja. Con naturalidad me preguntó si de verdad no tenía novia. Le dije que no y me mordió suavemente la oreja mientras susurraba: “¿De veras no tienes novia?” La miré sorprendido, y antes de que hiciera o dijera otra cosa, me besó en el cuello. Después nos besamos un largo rato. Nos detuvimos hasta que tomó mi mano y la puso entre sus piernas, navegando entre el corto vestido y sus bragas. La miré fijamente a los ojos y terminé lo que ella había empezado. Después se sentó sobre mí, de frente; desabrochó mi cinturón, me bajó el cierre y copulamos durante el tiempo suficiente que una pareja de desconocidos habría necesitado para conocerse a profundidad.

Cuando terminamos, nos quedamos en la misma posición, pero cada quien con la ropa interior en su sitio, con nuestra respiración aún agitada y el frío circundante debilitado.

—¿Por qué no habíamos hecho esto antes? —preguntó.

—Porque la combi siempre pasa a tiempo.

—¡De veras, la combi! Vámonos, ándale.

Mientras avanzábamos, los cuetes que anuncianaban la llegada del año nuevo estallaban en el cielo. Apretamos el paso temiendo que alguien festejara con balazos.

En la parada de las combis estaban las mismas personas, pero más sucias, flacas y resignadas. El señor del bastón nos miró como sospechando lo ocu-

rrido. Nosotros no hicimos caso. No teníamos la culpa de nada.

—Feliz año —fue todo lo que le dijimos. Él sólo alzó su bastón y asintió en silencio.

Más tarde, nos dimos cuenta de que la comida se estaba acabando. Alguien propuso buscar un local abierto. Alguien más argumentó que el sol había salido y seguramente la farmacia abriría pronto. El señor del bastón no dejaba de mirarnos con reproche.

—Ustedes vayan a buscar —nos dijo—. Ustedes que disfrutan caminar.

Al escuchar esto, Ana, mi novia, giró el rostro para vomitar.

—Ay, m'ija —exclamó la mamá de la niña del *hot dog*, y le dio una servilleta.

—De seguro está embarazada —agregó el amigo del señor del bastón.

—¿Alguien tiene agua? —pregunté ignorando el comentario—. Un poco de agua. ¿Nadie?

—Que no hay. Ve a buscar —insistió el del bastón—. Ya tienes una buena razón.

Ana lo miró con coraje y comenzó a caminar. Yo fui tras ella.

Caminamos más de dos cuadras buscando una tienda abierta, pero no hallamos ninguna.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté a Ana.

—Bien, no te preocupes.

—¿Puedes caminar un poco más? Ya estamos cerca del restaurante donde trabajo. De ahí podemos sacar un garrafón.

—Sí, vamos; sí puedo.

Aunque me dijo que se sentía bien, vomitó dos veces más en el camino. Al llegar al restaurante ya respiraba con cansancio y se apoyaba en su cintura con la mano.

Cuando regresamos a la parada de combis, los niños estaban jugando con lo que los Reyes Magos les habían traído de regalo. El señor del bastón nos seguía viendo con coraje, quizá porque nos habíamos tardado en llevar el agua, quizá porque habíamos tenido sexo; a ningún asunto dimos importancia.

—Les toca reponer los tamales —sentenció.

Dos o tres veces hicimos lo que el señor del bastón nos sugería, casi obligándonos y apoyado en la supuesta democracia del grupo. Pero mientras pasaba el tiempo, Ana y yo nos fuimos cansando. Cuando ella tenía siete meses de embarazo, la situación se tornó insoportable. El señor del bastón intentaba obligarnos a que fuéramos por agua, porque sólo nosotros sabíamos dónde encontrarla. Pero Ana no estaba en condiciones de cargar botellas de agua y yo no quería dejarla sola. Me negué y el del bastón amenazó con expulsarnos del grupo. Ana dijo que lo hiciera si así lo quería. El del bastón no cambió de parecer. Tomó la decisión alegando que tenía el voto de los demás miembros, y nos expulsó mediante una clase de ritual que consistía en amagos de golpes con su bastón y gritos que nos mandaban “a la chingada”.

Ana y yo vivimos sin problemas en el restaurante cerca de un mes. Cuando el bebé estaba por nacer, salí a pedir ayuda. Me paré en el marco de la puerta con la esperanza de que alguien pasara por ahí, pero me encontré más solo que la humanidad. Subí al segundo piso para ver cómo estaba Ana. Me dijo que le dolía la cadera, pero que se sentía bien. Resolvimos que sería bueno acudir al grupo y pedir ayuda. Ana siempre tuvo buenos tratos con la mamá de la niña del *hot dog* y pensamos que ella podría hacer las veces de partera.

Cuando llegué a la base, lo primero que vi fue al señor del bastón; estaba recargado en la pared y un sombrero raído le cubría medio rostro; lo protegía del sol abrasador. Lo saludé con seriedad y le pregunté por la mamá de la niña del *hot dog*. Al no recibir respuesta, repetí la pregunta y agregué que era una emergencia, que no se hiciera el indignado; le di una palmada en el hombro para que reaccionara y se fue de boca contra el concreto. El sombrero fue lo único que se movió de su cuerpo. Estaba muerto. Antes de que yo pudiera gritar, su amigo salió de entre unos cartones a levantarla. Se veía triste pero acostumbrado a lo que estaba haciendo. Me sonrió. Lo acomodó en su antigua posición y le dedicó unas palabras de consuelo, sacudió su ropa y le puso de nuevo el sombrero, junto con unos pedazos de piel; se guardó un diente en el pantalón. No supe qué decir ni qué hacer. Me quedé inmóvil mirando

la escena, pero me interrumpió la niña del *hot dog*: me jaló la playera; quería agua para su mamá. Le pedí que me llevara con ella, le prometí la bebida si lo hacía. Apuntó hacia la otra esquina de la cuadra; había un grupo de gente sentada en corro. Me acerqué corriendo, pero me detuvo de golpe el olor a muerto. La niña siguió su camino, se sentó y abrazó a su mamá. Me hizo señas con la mano indicándome que me acercara. Me tapé la nariz y caminé. El círculo estaba formado por trece personas; sólo tres de ellas estaban vivas. Me miraron y sonrieron levemente, pero no hicieron nada más; no pudieron. La niña estaba abrazando el cadáver de su madre. La llamé al momento que retrocedía. No quería levantarse. Me acerqué y la tomé de la mano, pero se asustó y comenzó a llorar. Abrazó el cadáver de su madre con más fuerza y me gritó que la dejara. Alguna persona del grupo soltó un gemido, quizás el último. Decidí retirarme. Caminé deprisa ignorando la mirada del amigo del señor del bastón; parecía extrañado de que me estuviera retirando. Apreté el paso y la angustia producida por los muertos y moribundos fue quedando atrás. Volví a pensar en que Ana necesitaba una partera y me fui corriendo al restaurante. La encontré encamada donde la había dejado, pero ya no estaba sola.

Al llegar al restaurante, Ana y yo éramos un par de sobrevivientes; al salir, éramos madre y padre. Nos retiramos del lugar con agua y algunas provisiones para nuestro hijo. Llamamos a un taxi.

Infinita abnegación

Manolete

El sacrificio fue consumado. Algo que Diego fue incapaz de advertir. Sentado sobre la banca del jardín en su refugio, contempla el infinito, esa profunda oscuridad no es interrumpida con la luna nueva en el firmamento que permite la observación tranquila de las estrellas. En su rostro existen perceptibles marcas de hostilidades vividas pero su cuerpo es ágil y brioso, tiene la piel apiñonada con rasgos delicados, su cabeza está coronada con una cabellera hirsuta, castaña y encanecida; el pulso aún con la avanzada edad no tiembla, y su corazón con cada evocación late vigorosamente.

Del puro, sostenido fijamente con sus dedos, emana el humo ensortijando su camino hacia el cielo. Diego fija su vista en una estrella particular, la tercera más próxima al planeta. En un instante, una bola de fuego cruza su mirada, dejando a su paso un rastro a la vez blanquecino y ceniciente. Se distrae de sus cavilaciones al observar la separación de la esfera en tres partes. Lentamente, Diego se incorpora sin perder de vista los objetos.

Debido a su agudeza intelectual, la escuela nunca fue lugar para él, asimilaba rápido las lecciones, esto lo orilló a una constante confrontación con los maestros y sus compañeros; se vio obligado a desertar a temprana edad. Durante la adolescencia perdió a sus padres, lo cual lo motivó a apartarse de la

localidad, encontró una cabaña abandonada en el descampado de la colina, con esfuerzo y al paso del tiempo la reparó, el alejamiento lo mantenía tranquilo; el gusto por la lectura nunca lo dejó, en los libros que conseguía obtuvo los conocimientos necesarios para ser visto por la gente como un sabio.

Entra a su albergue, se calza las botas y, tomando la chamarra, emprende el camino en busca de la respuesta. Con un paso rápido y seguro, avanza sin titubeos, siempre ha sido así. Va sorteando el entramado y sinuoso descenso hacia el valle, y llega a la planicie. Anda por la vereda hacia la comunidad, en algún punto tiene que doblar a la derecha. Encuentra a Robustiano fumando, acostado debajo de un árbol, lo reconoce por las sandalias y sus largas e interminables piernas.

—Buenas noches, Robustiano. ¿Cómo está usted?

—Bien, me salí de casa para enderezar mis pensamientos.

—¿Vio la bola de fuego que bajó?

—No, ¿a qué hora?

—Hará unos treinta minutos, acompáñeme para saber qué pasó.

—Sí. ¿Qué tan lejos cayó?

—Por el cerro del Sacrificio.

—Vamos.

Robustiano, joven, de oficio carpintero, cursó hasta quinto de primaria, es padre de tres infantes. Su cabello liso amarillea, su piel es sobria, y contrasta con los rasgos negroides de su cara. Se desarrolló más que el promedio de los habitantes de su villa, lo cual le trajo como consecuencia una soledad tempranera. Al refugiarse en las labores que su padre le enseñó fomentó su creatividad y logró prosperar.

En silencio, los dos andan, Diego adelante y Robustiano detrás. Entre ellos hay tres metros de separación. Una leve brisa norteña los golpetea aminorándoles la transpiración.

En sintonía, ambos sin prestar atención a su caminar, llevan los pasos al ritmo moderado del corazón.

Tras un tramo recorrido, alcanzan el punto donde tienen que salirse del

sendero para virar rumbo al cerro. Los dos, conocedores del terreno, sin hablar cambian de trayecto en el lugar correcto. Aparejados, sorteando la maleza, piedras y hoyancos, llegan a un terreno claro y raso, sitúan la mirada en el cerro, en ese instante observan tres relámpagos que centellean la cima del Sacrificio. Deslumbrados, detienen sus movimientos sin desviar la vista del monte. Después de un tiempo logran salir de ese estado y reanudan el recorrido.

Van pensando en la posible causa del incidente, no tienen idea del acontecimiento. Sus trancos siguen conectados al compás del corazón. Los sonidos campiranos incrementan poco a poco en número, y elevan su sonoridad conforme se acercan a la loma. Con prisa armonizada y sin detenerse un instante, continúan aproximándose a la falda del cerro.

En el recorrido observan el cuerpo de un hombre que yace inerte cerca de un árbol, lo reconocen, es Casildo, compositor de la villa, y a unos pasos de él, su instrumento de cuerdas, destruido. Acuclillados los dos, tratan de reanimarlo. Toman el pulso, es casi imperceptible, por un momento atraviesa en sus mentes el fallecimiento, algo que a Diego no le anunciaron los astros ni las artes de la figuración; resistiéndose a que se trate de un error o malinterpretación, sigue intentando revivirlo. Ya es de madrugada, el compositor vuelve en sí después de varios esfuerzos.

Casildo terminó la escuela secundaria, quiso seguir estudiando, pero sus padres no pudieron enviarlo a la capital para continuar con su aprendizaje. Un anciano del pueblo le enseñó a interpretar la música en varios instrumentos. Su porte delgado contrasta con la redondez de su rostro, el cabello sombrío, sucio y largo; la nariz puntiaguda le proporciona un aire humorístico.

—¿Qué le pasó? —le pregunta Robustiano, con voz de alivio.

—No sé —responde Casildo aún atolondrado, queriendo pararse rápidamente. Diego, con fuerza, lo obliga a permanecer acostado.

—Tranquilo, ¿está mareado? —le pregunta Diego dándole unas palmadas en el pecho.

—No, sólo confundido.

—¿Le duele algo?

—Las piernas un poco, y siento la cabeza como rara.

—¿Vio los relámpagos? —Robustiano intenta averiguar qué tanto recuerda.

—Sí, uno que me arqueó todo el cuerpo, mis oídos no soportaron el sonido penetrante, perturbador. No sé lo que pasó después —contesta con una mueca y los ojos cerrados, tratando de ordenar sus últimas memorias.

—Fueron tres, Casildo. Por eso venimos a ver qué aconteció allá arriba.

—¿Han visto mi “armoniosa”?

—Está ahí, destrozada —responde Diego, señalando con la cabeza el lugar donde se encuentran los fragmentos—. ¿Qué hacía por estos rumbos?

—Iba de regreso a casa —expresa consternado, mirando los restos de su instrumento—, cuando vi tres bolas de fuego. Me detuve, las observé hasta que desaparecieron detrás de este cerro. —Apunta en dirección al Sacrificio. Con su mirada blanda y el pulso temblando, continúa—: Seguí mi camino, llegué a la ladera de la colina. Tomé agua del arroyuelo, lo crucé, di unos pasos; en ese momento percibí una luz intensa y cilíndrica que me cegó, seguida de un estruendoso ruido puntiagudo que me desequilibró. Es todo lo que recuerdo. ¿Saben ustedes algo?

—No, venimos a averiguarlo. Vimos las luces, pero no escuchamos algún sonido. Qué extraño.

—Fue como un campanazo tendido y seco.

—¿Ya se siente mejor, para que nos acompañe a la cima? —pregunta Robustiano extendiendo el brazo para ayudarlo a levantarse.

—Sí, vamos.

Casildo camina unos metros, se agacha a recoger las piezas arruinadas; por su semblante hay desánimo y resignación. Guarda con solemnidad los trozos en su morral negro elaborado de lana con unas notas musicales bordadas en azul. Mientras, Diego y Robustiano, en silencio, se le unen con sus miradas.

—¿Qué sabe de esto, Diego? —le pregunta Casildo, mirándolo fijamente.

—Nada —responde, su rostro denota sorpresa—, llevo una semana sin au-

gurar algo nuevo o extraordinario. Incluso me sorprendió verlo a usted aquí.

—¿Qué cree que sea? —le cuestiona Robustiano con un tono de voz vacilante.

—Si lo supiera, estaría cerca del evento para presenciarlo. Desde que salí del hogar —Casildo y Robustiano están muy atentos a las palabras de Diego— he estado rebuscando la respuesta; mis conocimientos no logran descifrarlo. Me surgen imágenes y significados, pero ninguno referente a esto. Lo bueno es que ustedes están conmigo para descubrirlo —ambos afirman con la cabeza— y atestigar.

—Estoy inquieto por todo lo que hemos visto y lo que le pasó a Casildo —expresa Robustiano con el rostro afligido—, además de escucharle decir que no lo sabe, no es un buen signo.

—No hay de qué preocuparse, hasta que no indaguemos lo que ocurrió.

—Vámonos —dice Casildo—, ya me siento mejor. Averigüemos qué está pasando.

Robustiano le da unas palmadas en la espalda y los tres emprenden el camino. Se detienen en el arroyuelo, beben algo de agua, lo cruzan. Diego va de guía, Casildo lo secunda, Robustiano es el vigilante; avanzan por el único sendero que lleva a la cima; el trayecto es sinuoso y angosto, lento. Ensimismados en sus pensamientos los tres suben sin mediar palabra, con la mirada puesta en cada paso. La oscuridad no les permite andar más resueltos.

El monte repleto de pedruscos, maleza, huizaches y mezquites es inservible para el cultivo, habitarlo es imposible por la cantidad de animales e insectos que viven ahí. La leyenda dice que los antiguos habitantes de la región lo utilizaban para sus rituales y ofrendas, nunca se ha podido comprobar. No hay vestigio de alguna construcción.

Por la pendiente, Diego elabora hipótesis, las entrelaza y deshila al instante. Debido a la concentración empleada en el marchar, el camino desigual y el nerviosismo, Diego ha caído varias veces, es algo insólito. Lo han ayudado a incorporarse. Sus compañeros no advierten la preocupación en su semblante. Ellos confían plenamente en él, a pesar de estas muestras de flaqueza. Con-

forme se aproximan a la cima del cerro, piensan encontrar rastros de hierba quemada, pero no lo hacen. Al llegar a la cúspide, encuentran un enorme vacío, colmado de silencio.

—¿Lo habían visto antes? —cuestiona Diego.

—No, he venido varias veces y no estaba —responde Casildo sobándose la punta de la barbilla.

—Qué increíble. ¿Lo habrán hecho los rayos? —pregunta Robustiano, mirando el entorno como esperando encontrar la respuesta escrita en alguna parte.

—Al parecer —dice Diego, alborotándose el cabello—. Me desconcierta todo esto.

Permanecen estáticos, figurando respuestas a sus preguntas, sin acertar. Sobre ellos, la bóveda celeste y profunda los observa. Después de unos minutos comienzan a caminar alrededor del hueco, hondo y hosco, intentando descubrir algo, su vista no llega lejos. Desde lo más recóndito del infinito sale otro relámpago, terminante, sacudiendo el foso, cegando, aturdiendo y doblando a los tres.



Extinción

Víctor Daniel López

El día en que supe que moría fue el mismo día en que encontré en una tienda de artículos viejos aquella rara pintura. Salía del doctor atormentado de ideas y sombras causadas por la noticia que me acababan de dar sobre el cáncer que se expandía rápidamente por mi cuerpo, adueñándose así de los órganos de mi piel. No sabía nada hasta entonces, no era consciente de aquella pesadilla, pues siempre me había sentido muy bien hasta ese día. Hacía deporte cada mañana, comía sanamente, tenía un trabajo decente y le hacía el amor a mi esposa cada martes y sábado de toda semana. Era un hombre feliz... hasta aquella mañana. Pero al llegar la tarde cambió mi vida precipitadamente de nuevo al observar aquel lienzo colgado de una pared vieja dentro de la tienda de antigüedades a la que casi nadie entraba y que parecía podrirse entre la soledad y el silencio.

¿Por qué había entrado allí? No lo recuerdo, quizá nunca lo supe, quizá fui simplemente atraído por la gravedad de aquel sitio, como si la pintura, arrinconada en la oscuridad, me estuviera gritando desde hacía tiempo, llamándome por mi nombre. Entré a la tienda y recuerdo haber sentido un escalofrío recorrer desde la planta de mi pie derecho hasta la rodilla. El hombre que estaba en el mostrador parecía apático hacia su propia vida. Calvo y

con lentes, estaba sentado y leyendo un viejo libro bajo la tenue luz de una lámpara con forma de mantarraya o algo parecido. Sin sonrisa y sin un rastro de haber sido niño en alguna época de su vida. Me dice la gente que me conoce que juzgo mucho sin antes conocer, pero la percepción que aquella tarde me llevé de aquel hombre viejo seguro la hubiera tenido hasta un cura. Y en el momento en que di unos pasos hacia un estante con figurillas colecciónables de automóviles y aviones de los años veinte, al fin alzó su vista, me miró con frialdad, y hasta puedo decir que con rudeza.

—¿Va a comprar algo? —me preguntó.

—Sólo paso a ver —respondí.

—Como la mayoría de las vidas en este planeta.

No entendí aquello que me insinuó y la verdad es que ni siquiera le di importancia. Después de revisar algunos posters de figuras como Monroe y Presley, mi mirada se posó en aquella pintura extrañamente bella que colgaba en el rincón más frío de la tienda. Llamó mi atención desde la primera impresión. No, no me considero una persona que juzga, simplemente observo y siento la interconectividad de imágenes que se me presentan en la mente, para sentirlas y poder comprenderlas, para interpretarlas.

Aquella pintura me transmitió tantas cosas que ahora me es imposible enumerarlas, pero lo que sí puedo decir es que desde ese momento me perteneció a mí y yo le pertenecí a ella. Fue como si nos hubiésemos encontrado al fin, como si yo la hubiese pintado en alguna vida pasada y ahora, al pasar las lunas y las estrellas junto con el tiempo, nos reencontráramos en aquel mundo, en aquel lugar y en aquel instante. No soy partidario del destino, pero en varias ocasiones sí que me he llevado algunas sorpresas que han estado a punto de ponerme a dudar.

Lo que aquella pintura contenía no era más que un paisaje de la fusión del cielo y el mar, observado desde un acantilado en lo alto. En el lado inferior izquierdo, en el punto más alto del acantilado, un árbol de ciruelo se alzaba hacia el cielo, florecido y bellamente dibujado al óleo. Sobre una de sus ramas, un gorrión, grande para su tamaño, posaba con delicadeza y son-

reía, pareciendo ocultar algo que él sabía, como la tan misteriosa y famosa sonrisa de *La Gioconda*. Sus ojos parecían dirigirse directamente a quien sea que mirase aquel cuadro, retándolo, desafiándolo con la mirada. En lo alto del cielo danzaba un sol hecho a círculos, y el color amarillo descendía por el acantilado reduciendo su intensidad, pero dando un brillo real a aquella pintura, pareciendo que la luz saliera del cuadro y llegara hasta uno. En lo bajo, sobre el mar y reducidamente pintadas, yacían flotando las ciruelas que alguna vez pertenecieron al árbol del acantilado. Y daba a uno la sensación de que se movían entre olas formadas por un suave viento. El gorrión, por igual, parecía también poseer vida y estar mirando a través del cuadro. Se veía todo tan real.

—Es una obra realmente buena —me dijo el viejo vendedor que había parado la lectura de su libro.

—¿Quién la pintó? —pregunté.

—Eso qué importa. La obra es buena y de eso se trata.

—¿Cuánto pide por ella?

—¿Cuánto daría?

—No traigo más de mil por el momento.

—Deme setecientos y la obra es suya. Le pertenece a usted, lo sé. Tan sólo observe cómo lo mira el gorrión. Parece como si lo conociera.

Descolgué lentamente el cuadro de la pared y me acerqué con él al mostrador. Saqué mi billetera y le pagué la cantidad que me había dicho.

—Colóquelo en un lugar de su casa donde sepa que no lo olvidará.

—Así lo haré —respondí sin darle importancia alguna a sus incoherentes palabras y segundos después salí de aquella desolada tienda con el cuadro sobre mis brazos y olvidando por un momento mi visita al médico aquella mañana. Dejé atrás de mí el sonido de la campanilla de la puerta de entrada.

Es increíble la rapidez con que puede cambiar el transcurso de la vida de un hombre, y en poco tiempo, de nuevo volver a girar la dirección.

Cuando llegué a casa y le di ambas noticias a mi esposa, la de la anunciaciόn de mi muerte y la de mi adquisiciόn de la obra del gorrión, lo único que me dijo, mirándome a los ojos y con una leve sonrisa que seguro fingía, fue:

—Compras una caricatura para borrar tu destino.

Y de pronto se sentó en uno de los sillones de nuestra pequeña sala, se cubrió su rostro con ambas manos y comenzó a llorar. Hasta aquel momento no me había percatado de que la edad en ella también avanzaba, de que también envejecía, de que algunas arrugas comenzaban a formarse en su cara. No me había dado cuenta de que en los últimos años nuestros cuerpos se estaban enfriando, nos sentíamos más cansados y la vida ante nosotros parecía estarse oscureciendo. Nunca tuvimos hijos, así que también estábamos solos. Pero, a pesar de todo, nos teníamos el uno al otro, y nos amábamos. Siempre lo hicimos.

—La vida se nos está terminando —dijo mi esposa mientras se enjugaba las lágrimas. La abracé y le di un beso en la mejilla. A mi esposa le detectaron diabetes hacía año y medio; desde entonces, el cuidado de su salud se convirtió en una ocupación más cada día, para así lograr controlar la enfermedad.

—Sabíamos que pasaría. Los años pasan y la muerte avanza —respondí a su comentario colocándole una mano sobre su hombro. Después me senté junto a ella.

—He sido feliz a tu lado, ¿lo sabes?

—Ambos, ambos lo hemos sido.

Esa misma noche platicamos sobre el momento en que nos conocimos, ese y otros muchos recuerdos más. Platicábamos mientras, en la planta baja, en el pasillo que lleva a las escaleras del fondo, se encontraba la pintura del gorrión y el océano colgada a la pared, latiendo con fuerza y llamándome en silencio.

Pasaron dos meses cuando al fin mi esposa y yo decidimos hacerlo. Era octubre y las hojas de los árboles de nuestro jardín se encontraban ya esparcidas por el césped. La casa parecía más sola y triste. Platicábamos mucho durante esas últimas semanas, reíamos y dormíamos tranquilos. Cada uno lidiando

con su respectiva enfermedad, y a la vez, acompañándonos. Ese día nos despertamos y, después de hacer el amor, decidimos hacerlo. Primero ella y todo salió bien. Después intenté hacerlo yo, pero entonces escuché un sonido proveniente de la planta baja. Salí de la habitación y me detuve para escuchar mejor. Pude percibir que aquel sonido era el pitido de un ave y no fue necesario preguntarme precisamente cuál. Un fino y delicioso sonido que se extendía por toda la casa y aumentaba en volumen cada vez más. En mi mente creía escuchar en aquellas notas mi nombre. Sentí un cosquilleo en el interior del abdomen. Salí y comencé a bajar las escaleras, escuchando aún aquella ave cantar. Llegué hasta el pasillo y me detuve frente a la pintura. El gorrión dejó de cantar. Seguía observando con su mirada fija y retadora. Percibí claramente cómo las olas tenían un movimiento más rápido y ondulante. Incluso, no sé si en mi mente o en la realidad, llegué a escuchar el mar estrellándose contra el acantilado. Mi mirada y la del gorrión se encontraban una sobre la otra, diciéndose algo de lo que siempre se supo. Fue como quedar hipnotizado. Entonces supe que era hora de también hacerlo. Levanté mi mano con el dedo índice puesto ya sobre el gatillo y la dirigí hacia mi cabeza. Dije unas palabras hacia mi esposa, que seguro aún me escuchaba, y entonces me preparé para dirigirme hacia allá, donde ella se encontraba. El gorrión comenzó a cantar de nuevo. Me veía y me invitaba a irme con él. Apreté el gatillo. El gorrión del cuadro dejó la rama del ciruelo y se acercó volando hacia mí, haciendo poco a poco más y más grande. El cuerpo de mi esposa apareció de pronto yaciendo sobre el mar de la pintura, flotando entre las olas y acompañada de las ciruelas que también allí nadaban. El gorrión llegó a un punto donde casi abarcaba toda la dimensión del cuadro y pareciese como si fuera a salirse. Sonrió por un breve instante. Abrió su pico lentamente y, antes de cerrar yo los ojos y caer, me vi dibujado a mí mismo dentro de la pintura, flotando sobre el mar y a un lado del cuerpo sin vida de mi esposa. Mi compañera y esposa, muerta. Yo, junto a ella y por siempre, al fin también.

Los niños

Jorge Jaramillo Villarruel

Niños, esos engendros del mismísimo Satanás. Deberían prohibirlos de una vez. Te explicaré por qué siento esta repentina aversión por esas molestas y viscosas criaturas, por qué tiemblo y me lleno de horror cuando entro a un cuarto lleno de niños. Pero dejo a tu consideración decidir si está bien justificado mi comportamiento o si exagero.

Cuando Simón, el hijo de la bien conocida Cleotilde, entró a la escuela, los otros niños comenzaron a tratarlo mal, como es costumbre con los novatos, y más con los tímidos. Es bien sabido que las mujeres de este barrio no aprecian mucho a Cleotilde, claramente por haber tenido un hijo fuera del matrimonio, y el rechazo que sienten por ella se vio reflejado en el trato de sus hijos hacia Simón.

El primer día de escuela de Simón, el único niño que le habló fue Abelardo, el hijo de una maestra del colegio. Me parece que ya lo conoces. Se le acercó con notable interés, pero otro niño, un tal Arturo, de cuarto grado, le ordenó que no le dirigiera la palabra al nuevo. Tal vez habrás escuchado hablar de él, en el periódico se informó durante meses sobre su situación.

Cuando Abelardo quiso saber por qué no podía hablarle al chico nuevo, Arturo, en voz alta para hacerse escuchar por todos los niños que estaban en

el patio en ese momento, dijo las siguientes palabras:

—Porque... ¡Simón no tiene papá!

Esta revelación, que no fue cuestionada por ni uno solo de los otros mocosos, causó tal revuelo, tal escándalo entre ellos (quienes comenzaron a gritarle toda clase de cosas, de entre las cuales las más recurrentes fueron “Simón no tiene papá”, “Huérfano”, “Simón el sin padre”, “Hijo de puta”), que fue necesaria la intervención del profesor Edmundo, del taller de carpintería. Sí, el que se rebanó un dedo con la sierra. El profesor les dio una buena tunda de regaños que cualquiera diría que ahí habría de quedar todo aquel episodio, pero no fue así. Te lo digo, esas horribles bestias no entienden más que a palos.

El resto del día nadie le dirigió la palabra al pobre Simón, que terminó sentado en el rincón más oscuro y apartado del aula, desde donde apenas era capaz de prestar atención. En vez de tomar nota... Sí, sí, era de primer año, todavía no sabía leer ni escribir, sólo era un decir... En vez de tomar nota, o de atender a la maestra si lo prefieres, se dedicó a llenar de dibujos su cuaderno.

Sus ilustraciones eran torpes y mal proporcionadas, como lo serían siempre a los seis años de edad, pero incluso en ese momento mostraban un talento natural, innato, heredado de quién sabe dónde. ¿Tal vez su padre había sido un artista? Tanto se ha especulado o inventado sobre la identidad de su padre, que se ha vuelto un simple chisme de señoras estiradas y sin quehacer, una historia que se cuentan mientras se peinan mutuamente esas costosas pelucas que portan en público. Pero yo digo: ¿no podría tratarse en verdad de un artista? Ya sabes cómo son esos muertos de hambre, incapaces de hacerse responsables de los hijos que van regando por cada ciudad que visitan. No entiendo qué les ven las mujeres a esos perdedores sin empleo ni dinero.

Pero te hablaba de los dibujos de Simón. Eran representaciones primitivas de las torturas más atroces y dolorosas que pudiera concebir el ser humano. Aunque mal realizados y con pocos detalles, que me recordaban a las pinturas de las cuevas, pude reconocer en esos trazos a Arturo, gracias a su ojo desviado, y también estaban ahí varios más de los piojosos que lo habían atormentado esa misma mañana.

Uno de esos chiquillos colgaba de un árbol, pero no como lo hacen los ahorcados de las películas de vaqueros, sino que se encontraba atado de un pie, y bajo su cabeza ardía una fogata que amenazaba con prenderle fuego a su melena y seguir por todo su cuerpo. Cielos, casi puedo percibir el olor a quemado. Otro de los engendros estaba siendo despellejado vivo con un simple rallador de queso; su torturador no era otro que el propio Simón. Pero lo mejor de todo, lo que tenía reservado para Arturo.

Me estremezco sólo de recordarlo. ¿Cómo puede el cerebro de un niño albergar tanta maldad? No insinúo que los otros demonios no se merecieran aquel suplicio, Dios sabe que se lo tenían bien ganado. Pero ya no te dejo en suspenso: Arturo se encontraba clavado al suelo. Sus brazos y piernas habían sido atravesadas con unas afiladas estacas de madera que lo mantenían sujeto a la tierra como se sujetaba una casa de campaña. ¿Recuerdas aquel campamento con los de sexto año? Era algo parecido. Simón conducía un tractor con arado y estaba a punto de pasar por encima de su desafortunada víctima.

Pero eso no era todo. Resulta que esta imagen tenía una variante, algo así como un final alterno. Este segundo dibujo mostraba a Arturo en la misma postura y con las mismas estacas, pero en vez de tractor, el pequeño inquisidor tenía en sus manos otra estaca y un mazo, ¿y a qué no sabes a dónde apuntaba esta nueva estaca? ¿No? No al corazón, eso sería demasiado obvio y el arte de Simón no se conformaba con los clichés del cine. La estaca apuntaba a su boca. ¡Simón planeaba clavar al desdichado Arturo al suelo atravesando su apestoso hocico de perro! ¿No es un encanto?

Dio la hora del recreo. Simón se quedó en su asiento sin moverse, contemplando sus dibujos con la mirada perdida. Ni siquiera se comió su almuerzo. Se me ocurrió que se había muerto, pues ni siquiera se le notaba la respiración, pero lo vi parpadear. El resto de las clases transcurrieron sin contratiempos. Simón no prestaba mucha atención, y los niños no se la prestaban a él. Pero a la salida...

Arturo lo estaba esperando. Lo llevó al pasillo entre la dirección y los baños de alumnos, donde nadie los molestaría. Lo acompañaban tres o cuatro

bestezuelas más. Comenzaron con sus canturreos burlones: "Simón no tiene papá, Simón no tiene papá", una tonada muy pegajosa, ciertamente.

Simón trató de escapar, pero lo sujetaron sin dejar de burlarse y fastidiarlo con palabras hirientes, hasta que lo hicieron llorar. Y una vez conseguido, siguieron diciéndole toda clase de cosas desagradables. Casi sentí pena por él.

Cuando se cansaron, o quizá cuando les dio hambre, se fueron a sus casas, dejando al pobre Simón anegado en lágrimas en la soledad de aquel pasillo estrecho. Cuando dejó de llorar y moquear, se quedó inmóvil, mirando al suelo. Sus manos formaron dos puños y se diría que de su cuerpo emanaba una energía oscura de odio y venganza.

Yo moría de ansias por saber qué haría Simón, pero el escuincle sólo se quedó ahí, inmóvil, durante no sé cuántas horas, con los puños tan apretados que dolía. No me di cuenta cuando se marchó.

Pero sí pude notar que, al otro día, traía un cuchillo de cocina oculto entre sus libretas. "¿Qué piensas hacer, Simón?" No pude evitar expresar en voz alta mis pensamientos. Todo aquel día me mantuve al pendiente de Simón y sus amigos sin dejar que mis obligaciones me distrajeran.

Simón vigilaba desde la ventana de su sitio en el aula. Cuando vio a Arturo salir de su salón, en el edificio de enfrente, y caminar en dirección al baño, pidió permiso a su maestra para ir él también. Ocultó el cuchillo bajo la camisa y se apresuró.

Arturo meaba con el pantalón echado abajo. Hasta Simón sonrió al ver lo ridículo que se veía su enemigo, enseñando las nalgas mientras descargaba, como hacen los niños pequeños. Arturo debe de haber escuchado la risita de Simón, pues se dio media vuelta a toda velocidad, alcanzando a salpicar a este.

Tal vez fue eso, o quizá la mirada de odio en el rostro de Arturo, pero Simón se quedó paralizado, olvidándose por completo del arma que escondía entre sus ropas. Arturo aprovechó esa inmovilidad para asestar tremendo puñetazo en el estómago del otro. Simón se dobló sobre sí mismo, cayó al suelo resoplando, sin aire, mientras recibía un par de patadas en el costado.

Cuando se quedó solo, recordó que llevaba un cuchillo. Lo sacó, lo miró

detenidamente y lo usó para atacar con toda su furia a un Arturo invisible que sólo él podía ver. Extenuado por tantos ataques, volvió a su salón. Pasó el resto del día dibujando castigos atroces.

Todos los días, a partir de aquel, Simón llevaba el cuchillo entre sus cosas, pero nunca se atrevió a usarlo contra sus enemigos de carne y hueso, reservándolo sólo para defenderse y derrotar a rivales de aire y humo, especialmente al quedarse solo después de una golpiza. También se había vuelto mejor torturador en sus dibujos. Su técnica como artista no había mejorado mucho, pero sus ideas se volvían cada vez más sofisticadas y extrañas. Ahora le daba por diseñar máquinas de pesadilla que golpeaban, picoteaban, desollaban, machacaban y vertían ácido o aceite hirviendo sobre aquellos desgraciados que tenían la mala fortuna de caer en ellas.

Sus dibujos ya no eran sólo imágenes aisladas, se habían convertido en una forma de arte secuencial, como las revistas de Kalimán, y a través de varios cuadros, Simón contaba una historia de violencia y rencor.

También apareció un nuevo personaje, al que llamo el Oscuro Obeso. Tiene la forma de un hombre extremadamente gordo, y está pintado completamente de negro, o del color de la pluma que Simón tenga a la mano.

El Oscuro Obeso es un verdugo profesional, que trabaja bajo las órdenes de Simón. Simón lo controla mentalmente y el verdugo hace su trabajo sin quejarse, siempre a la perfección. Aunque hace varios trabajos para su amo, la especialidad del Oscuro Obeso es atormentar a Arturo usando las herramientas que lleva en una caja: martillo, cincel, destornilladores, clavos y hasta un sacacorchos.

Su obra maestra fue sacarle el esqueleto por la boca, usando sólo unas pinzas, la hoja de una segueta y un pequeño mazo para ablandar la carne y permitir el paso de los huesos por donde normalmente no deberían pasar.

Un día, mientras Simón se encontraba en el patio de recreo, concentrado en resolver una de sus historias, Arturo y otros demonios lo fueron rodeando poco a poco. Cuando Simón se dio cuenta de la emboscada, ya era tarde. Uno de los niños se hizo con su cuaderno de dibujo y comenzó a hojearlo.

Cuando descubrió de lo que se trataban aquellas imágenes, su horror se hizo evidente en la forma en que abrió los ojos y la boca.

—¡Dame eso! —ordenó el tiranuelo Arturo.

Arturo, que no andaba muy bien de luces, no se dio por aludido, para él el arte de Simón no eran más que “garabatos malhechos” y “dibujitos de bebé”. Con ese desprecio que siente el ser humano por todo lo que no puede comprender y es superior a sus capacidades, comenzó a arrancar las hojas una a una y a arrojarlas al suelo, mientras otros dos sujetaban a Simón fuertemente para que no intentara nada.

Simón tenía los ojos enrojecidos, pero no de llanto, no esta vez, sino de furia. A través de los labios entreabiertos, mostraba unos diminutos dientes de piraña, y tenía las manos cerradas firmemente, dispuesto a atacar. Intentaba liberarse de sus carceleros, pero era inútil, no tenía la fuerza para hacerlo.

Cuando la última hoja cayó al suelo, Arturo le dio una bofetada a Simón. Este arrojó espuma por la boca, como un perro rabioso, y en un único movimiento logró soltarse de sus captores y sacar el cuchillo, con el que trató de apuñalar a Arturo, pero varios niños se le dejaron ir encima a empujones, logrando arrebatarle el arma y tirarlo al suelo, donde apenas pudo cubrirse el rostro al recibir incontables patadas.

Arturo, que ahora tenía el cuchillo en la mano, se hincó frente al maltrecho Simón y, haciéndole una pequeña herida en una mejilla, le dijo:

—¿Querías matarme? Ahora eres tú el que morirá.

Pero no llegó a cumplir con su amenaza, pues al escuchar los conocidos pasos del profesor Edmundo, todos los chiquillos, incluyendo a Arturo, huyeron hacia sus salones de clases.

El maestro ayudó a Simón a ponerse de pie. Lo condujo a la dirección, donde llamaron a su madre por teléfono para que fuera a recogerlo.

Cleotilde llegó pronto, el director y el maestro Edmundo le explicaron que unos niños habían golpeado a Simón y que se tomarían las medidas correspondientes. Eso, como en todas las escuelas de gobierno del país, significaba no hacer absolutamente nada, pero ella no lo sabía, así que se retiró mucho

más tranquila, llevándose a Simón de la mano.

Los siguientes días transcurrieron sin novedad. En ellos, Simón aprendió a leer. Lo hizo tan rápido que llegó a creer que ya había aprendido desde el jardín de niños y que sólo fingía no saber. Los malignos chiquillos no se atrevían a molestar a Simón, más allá de una que otra palabra burlona o mirada que quería decir: "muérete". Él dejó de dibujar, pero no abandonó su actitud introspectiva y tampoco hizo el intento de hablar con nadie, concentrándose por primera vez en sus clases. Los días pasaban así, cada uno igual al anterior, aprendiendo cosas nuevas e inútiles. Días vacíos y aburridos. Algo tenía que suceder.

Simón encontró el sobre en su mochila cuando se disponía a guardar sus libros para salir al recreo. Lo abrió con cuidado, sin que nadie lo viera. En el interior había una llave y una pequeña nota: "Casillero 118".

Simón esperó a que todos se marcharan de la escuela. Cuando creyó que nadie podía verlo, usó la llave en el casillero marcado y, como si fuera la cosa más natural del mundo, tomó la pistola entre sus manos y la observó con cuidado. Yo la puse ahí. Sé que no debería intervenir, pero era necesario para romper aquella insopportable monotonía.

Después de mirarla con detenimiento, la devolvió al casillero, lo cerró y se guardó la llave en el bolsillo. Se retiró con la mayor tranquilidad. Nunca lo vi tan en paz como esa tarde.

Con el paso de los días, los niños volvieron a molestar a Simón. No mucho al principio, sólo algunas palabras y el ocasional empujón. Más tarde, regresaron los golpes y las emboscadas. Y también reapareció el Oscuro Obeso y su genio para las torturas y la venganza.

Ahora sí había un notable avance en la técnica de Simón en la elaboración de su arte. Sus trazos eran más definidos, más realistas. No era difícil identificar en ellos a sus agresores. Incluso Arturo lo notó, y se tomó muy a pecho verse convertido en carne molida para alimentar pájaros a manos de Simón y su voluminoso sirviente. Y Arturo no era de los que dejan las cosas sin resolver.

De un puñetazo en la cara quiso arreglar el asunto, pero la campana que anunciaba el fin del recreo dejó escuchar su tañido metálico, impidiendo que aquel trabajo siguiera su curso natural.

—Nos vemos a la salida, pequeño Simón sin padre —le dijo—. Y que ni se te ocurra escapar o esconderte porque cuando te encuentre te irá mucho peor.

Era un secreto a voces que cuando un chico retaba a otro a verse a la salida para pelear, el lugar ideal para ello era el traspasio de la escuela. Era un buen sitio, pues estaba lo suficientemente iluminado para ver bien, y las paredes que lo rodeaban lo dotaban de la privacidad necesaria para esta clase de eventos.

Cuando Simón llegó, Arturo y su banda de rufianes ya estaban ahí. Incluso había algunas niñas, que no suelen disfrutar de esta clase de espectáculos abiertamente, pero que en secreto los gozan igual que el más salvaje de los niños. El pequeño Simón sin padre provocó un silencio abismal cuando, sin previo aviso, sacó la pistola y apuntó con ella hacia la multitud.

Nadie corrió, todos se quedaron congelados como las estatuas de marfil, temiendo que cualquier movimiento conllevara la muerte. Eran jóvenes, no sabían en realidad qué era la muerte, pero sus padres y maestros les habían inculcado el temor a ella, y ninguno estaba dispuesto a mirarla de cerca.

Simón apuntó el cañón del arma hacia sus agresores, deteniéndose no más de dos segundos en cada uno. Algunos reían nerviosos, la mayoría mantenía un silencio absoluto. Al final jaló el gatillo y el cuerpo que cayó sin vida, salpicando de sangre al aterrado público, fue el suyo.

Condenados engendros, van a necesitar algunos años de terapia para superar eso, y un buen baño para sacarse los trocitos de cráneo que se les incrustaron en el pelo. Nadie se lo esperaba, ni siquiera yo, y eso que había estado observándolo de cerca durante meses. Nunca pensé que Simón tuviera el valor para matarse él mismo pero, si lo piensas, fue una excelente jugada. Verás, la pistola sólo tenía una bala. Con ella podía matar o herir a uno solo de sus enemigos, pero volándose la tapa de los sesos consiguió dañarlos a todos.

38 Alta hora

Dos pájaros de un tiro. Once pájaros, en realidad, contándolo a él. Oh, sí, eso fue un movimiento de genio; sí, señor. ¡Me quito el sombrero ante Simón el sin padre!

Así es, lo tengo todo grabado. Bien sabes que mi puesto de vigilante me permite acceder a las cámaras de seguridad de la escuela, y proporcionarte una copia no es ningún problema. Y por un poco más de dinero, no mucho, no me gusta abusar de mis clientes, puedo incluir el video en el que Arturo desaparece sin dejar rastro. Si te fijas bien, hay una sombra rechoncha y oscura que parece salir de la pared y llevárselo, pero sólo debe de ser un defecto de la grabación.

La colección

Juan Carlos Colindres

Comprenderéis ahora fácilmente que
soy una de las numerosas víctimas
del demonio de la perversidad.

EDGAR ALLAN POE

El cuarto oscuro en lo profundo del departamento, cerrado siempre con llave, tenía las paredes repletas de cuadros que hacían latir a Lucas; constituyán un inmenso signo que lo resignificaba, expresaba su vida y reconfortaba su placer. Ese maligno placer decantado por sus ojos como un ominoso anzuelo en aguas tranquilas, a espera de la presa; era una condena inevitable, un trato implícito consigo mismo, donde fusionaba y confundía los distintos rostros de su pasado.

Lucas veía los cuadros, eran poemas de sombras y figuras, colores fugitivos que no lograban escapar a la pared. Clandestinamente conservaba los nombres de quienes habían inspirado las obras, para nunca olvidar. Eran ellos, los que estaban dentro, detrás de cada trazo, el espíritu sesgado de su dolor. Sentía recorrer por sus poros aquella sensación de hormigueo, al contemplar y hacer lo prohibido; era su sagrada visión.

A veces, cuando Lucas meditaba en el centro de la habitación, y analizaba como si fuera un crítico ocluido a su arte, de pronto le repugnaba, le era extraño, lejano, parecía que una mano desconocida lo había guiado, que en

realidad él había hecho muy poco, o casi nada. Y acercaba sus ojos para confrontarse con la revelación.

Al salir a la calle y sentir aquella fría brisa de madrugada, Lucas cayó en cuenta de que esa sería la penúltima rutina que debía hacer. La siguiente semana por fin completaría la colección. Levantó su mirada para distinguir las luces de postes que parpadeaban a kilómetros dentro de las sombras, esa ciudad parecía morir de día y despertar de noche, entre sueños y olor a drenaje, entre calles angostas y latentes oscuridades. Lucas se dispuso a encontrar al próximo de sus modelos. Sólo se interponía como siempre el muro de anónimos con sus miles de miradas perdidas. Se dirigió en su auto a un bar, le daba lo mismo que fuera hombre o mujer, en el interior eran casi iguales. Pidió una copa de vino y esperó. Lucas estaba en el mejor momento de su apariencia, con el anhelado equilibrio de juventud y madurez; conservaba un brillo fingido de inocencia en sus ojos y un movimiento siniestro en su sonrisa. No tardó en llamar la atención de las mujeres y también de algunos hombres; su porte erguido y orgulloso develaba un dejo de gallardía, que se mostraba fácilmente desecharable. Sin compromisos, sin disculpas, sin remordimientos. Sentado en la barra, aparentaba ser un objeto de aparador disponible para los que quisieran acercarse y descubrir qué había detrás del umbral. Al principio, Lucas sólo se llevaba a mujeres a su departamento, sin embargo, ese absurdo grito que proclamaban constantemente al mostrarles los cuadros terminó por irritarlo, por eso abrió la posibilidad a los hombres, que eran más silenciosos; todo aquel que se enganchara con el sutil señuelo de lujuria y se adaptara a la simetría que buscaba Lucas era el adecuado.

Con actuada lentitud, una chica joven se acercó a pedir una cerveza, tocó el borde del envase con los labios y palpó su amarga tesisura. Al mismo tiempo observaba el perfil de Lucas: esa tez ámbar y letal la fascinó enseguida. Lucas no volteó el rostro inicialmente; el aparente desinterés era parte del juego. Cuando se decidió a mirarla, descubrió la anegada belleza que había salido a cazar, perfecta para mostrarle las paredes. Un cuerpo firme y una juventud desbordante. Carolina sólo buscaba aventurarse con algún desconocido, sus

amigas la habían incitado a hacerlo, y ella, con una mezcla de curiosidad y escarnio, se dejó llevar. En medio del vacío, distinguió a Lucas y entre roces salieron del lugar.

Aunque aparentemente parecía destinado al delirio, Lucas peleaba a diario por su cordura: mientras lavaba los platos con su esposa, o preparaba el almuerzo de su hijo, o cuando viajaba rumbo al trabajo para encerrarse en su consultorio doce horas (porque Lucas era doctor cirujano y gozaba de muy poco tiempo libre); sin embargo, durante esos tiempos blancos, él pensaba en cosas que lo evadieran de los hechos que ocurrían últimamente en su cabeza. No podía permitirse un momento de soledad consigo mismo, debía mantenerse ocupado, de lo contrario anidaban en su mente las confabulaciones de perversión y las excitantes imágenes de aquellos a quienes había llevado a su departamento. No obstante, en las noches en que salía a cazar, como hoy, sólo deseaba crear. Era un animal incapaz de controlar su instinto para morder. Aquí y ahora transformaría a la chica del bar. Carolina dirigía de vez en vez alguna mirada furtiva a su acompañante, parecía buena persona, guapo, encantador, con dinero para tener el lujoso auto donde la había traído, dijo ser soltero, y no tener compromisos ni pendientes. ¿Con quién mejor que él para sacar el lado oculto de su personalidad? Un perfecto desconocido. Pero esa misma seguridad se percibía falsa y ocasionaba cierto recelo a Carolina, el inconsciente dentro de su instinto le decía que saliera huyendo, mientras su razón ya se había nublado por la cadencia. Al llegar al departamento, Lucas destapó una botella de champán y brindaron recostados en la sala, sobre el sofá. Carolina se moría de ganas de comenzar, esperaba que él diera el primer paso; su lengua pedía otra lengua y un penetrante calor en su entrepierna la carcomía desde dentro. Entonces Lucas se puso de pie, dirigió sus pasos al cuarto oscuro y, en voz alta, le propuso a Carolina ver su colección de cuadros...

Ahora es cuando empiezo a crear. La historia de esas paredes me devora. Afuera estoy solo entre la multitud, aquí estoy acompañado por mis creaciones. Caminamos, ella delante de mí, admiro su espalda y el contoneo casi

suprimido de sus caderas. Es una hermosa chica, pero aún no me entrega del todo su confianza, todavía desvía los ojos. Evita ver mi interior porque soy un extraño. No debe ver a los extraños a la cara si no quiere que la reconozcan. Tal vez nunca descubrió que observar a los demás es darles sentido y forma, confortarlos y percibirlos, ofrecerles un espacio... o tal vez simplemente quiere anularme; todos nos anulamos de repente, creyendo que no existe el que pasa al lado con el simple hecho de ignorarlo y no entrever la tristeza de su vida, el dolor en la mueca que carga... o quizá está cansada de mirar a los demás, un mosaico inmenso de solitarios que se escupen entre sí para humillarse. Ella deja pasar los primeros signos de sospecha, no hay nadie que pueda ayudar. Piensa encontrar unos cuadros con júbilo y armonía, pero de nuevo olvida mi cara, si sólo hubiera notado la expresión de mis ojos, no estaría encerrándose entre mis paredes. Penetra con incertidumbre las sombras, e impaciente me pide que encienda la luz. Una vez traspasado el umbral no hay vuelta atrás. Yo únicamente quisiera saber cuándo comenzó su inútil naufragio, ese andar errante, que llega y se va, sin saber que con cada paso también abandona algo de sí. Nos repelemos, odiamos nuestras presencias sin conocernos y lo simulamos. En esta oscuridad me convierto de pronto en otro.

Lucas encendió la luz del cuarto oscuro y Carolina quedó asombrada ante las imágenes. Una mesa en el centro de la habitación, con instrumentos quirúrgicos, servía de plataforma para las cincuenta y ocho fotografías ampliadas al detalle de los muros. Gente desmembrada, con los sesos explotados, algunos mordiendo sus propios cuerpos, otros con los intestinos en sus bocas, junto a ellos la sangre vaciada en contenedores que servían como ornamento. Aquellas facciones mostraban aún perplejidad, las mejillas abiertas, las cuencas vacías, el contorno desfigurado e irreconocible. Carolina estuvo a punto de lanzar un grito, pero lo retuvo en su garganta, al igual que el vómito, ahogado por el pavor. Miró a Lucas temerosa, mientras él sostenía una sonrisa de labios, como un niño satisfecho de sus actos. Ella reconoció el oscuro brillo de la maldad, que antes había parecido candidez, en la mirada del otro. Lucas se

acercó a Carolina y le preguntó en voz baja su impresión de las obras.

—¿Qué te parecen?, quiero que te gusten, que los sientas y que mires.

Esperaba una entusiasta respuesta. Ella dibujó una expresión de desagarrada consternación y el denso silencio que recorría la habitación era suficiente para entender el miedo de la chica. Los pensamientos de Lucas respondieron y se transformaron en furia. Tomó a Carolina y asestó un certero golpe en el rostro, dejándola inconsciente e indefensa, con un bisturí abrió el pecho de la chica de un solo movimiento. Lucas preparó todo aquello que tenía imaginado, esta vez sería una cabeza servida en el comedor, como si fuera una cena, con los miembros listos para ser engullidos y la sangre simulando vino. Plácidamente y con sumo cuidado desmembró a la chica, tendió un mantel sobre la mesa, arregló el perímetro de las esquinas, colocó su vajilla de plata y enfocó el mejor ángulo, con las sombras exactas, para la creación. Ahora sólo quedaba esperar un momento perfecto e irrepetible...

Después de muchas tomas, en la luminosidad del amanecer, Lucas encontró su imagen.

Cuando Lucas llevaba a Adrián, su hijo, a la primaria le costaba trabajo dejarlo en el aula, sentía una honda ausencia después del adiós, creía que no lo volvería a tener entre sus brazos otra vez. Recíproco sentimiento conservaba Adrián. Era un eco de su padre, con los mismos movimientos al caminar e idénticas expresiones al hablar. Su madre lo cuidaba en exceso, el niño parecía ser feliz al lado de sus padres. A Lucas le gustaba la inocencia de Adrián, era auténtica y cristalina como el correr del agua. Por eso necesitaba sacarse eso de su mente, así evitaría que su hijo o su esposa supieran el abismo interior. Sólo uno más y estaría finalizado. Lucas lustraba sus pasos con una dádiva de sangre que barnizaba gota a gota su camino. No obstante, dentro de su obsesión, aún buscaba al crítico que compartiera el mismo lenguaje. Una persona intangible que nutriera de espuma sus imágenes.

Al regresar a su departamento, Lucas vio entre los botes de basura a un viejo vagabundo que comía las sobras del edificio. El escarnio que emanaba

su eviterna fatiga se quedó grabado en la mente de Lucas, el cansancio y el gastado morir de aquel sujeto le provocaron náuseas. Era como verse a sí mismo, en un rencoroso espejo; lo evitó, bajó el rostro y entró al edificio. No podría soportar toda la semana, la emoción y la ansiedad por la última rutina lo dominaban. Cuando salió rumbo al consultorio volvió a ver al mismo indigente comiendo la misma basura, le dio la impresión de que se había suspendido por completo el tiempo. Los dientes podridos masticando un pedazo de carne rancia, la quijada arrastrada y salida, la barba sucia y maloliente. Los claroscuros se adelantaban sobre Lucas, hacían una neblina gris frente a él, aceleraban su pulso y su respiración. Intempestivamente cerró los ojos y le dio la espalda al vagabundo, caminó hacia su costumbre. Afuera, el correr y el pitir de los autos, el andar de la gente, las llamas del brutal incendio cotidiano.

La estoica forma del indigente frente al edificio se volvió mundana con el paso de las semanas. Día tras día, inamovible, aparecía el vagabundo para cruzar miradas con Lucas, como si supiera lo que escondía en su interior y ansiara mostrar al mundo ese indecible secreto consumido por la rareza. Pero Lucas no se inquietaba, a lo mucho le llamaba la atención los movimientos del anciano, parecía que siempre estaba a punto de decirle algo, pero lo callaba, o como si nada más estuviera en ese lugar para que Lucas lo mirara al pasar. Así que decidió entablar charla con él, había escogido al vagabundo como su modelo final. Lo invitó a cenar, el viejo aceptó pasar la noche en el departamento de Lucas. Ahora el anzuelo era diferente: el hambre del anciano. Aquella podredumbre remarcada en su vestimenta y lo lacerado de su cuerpo le produjeron una sensación de lástima y repulsión, por eso, como si fuera un condenado en el último día, antes de su ejecución, Lucas le daría realmente de comer, sería un acto de caridad. Compró lomo de cerdo, una botella de *whiskey* y algunas legumbres. Cocinó con total tranquilidad. Lucas le proporcionó al vagabundo un baño caliente y ropa limpia, al salir de la ducha parecía otro, era una persona con un pasado intrigante, con un semblante que tenía algo de familiar, habría pasado sin dificultad como catedrático de alguna universidad, sólo el pésimo matiz de sus dientes lo delataba.

Dijo llamarse Fernando, nunca haberse casado y no tener cabos sueltos en la vida. ¿Con quién mejor que él para sacar el lado oculto de su personalidad? Un perfecto desconocido. El vagabundo tragaba rápidamente, sin masticar, y Lucas sólo contemplaba con morbo aquella figura decadente. A media cena, Lucas lo interrumpió, se puso de pie y caminó al cuarto oscuro; entonces le propuso, en voz alta, ver su colección de cuadros...

No puedo creer la propiedad de sus palabras y la admiración que demuestran sus gestos, no concuerda con nada de su persona, creo que es otro el que delira y se regodea ante la violencia encerrada en mis obras. Parece que desde hace mucho había esperado para verlas, o como si en realidad él las hubiera hecho. Su voz es un gutural resoplido, no deja de decir lo maravillosos que son los cuadros, el prodigo capturado por las imágenes. Sonríe con su miserable dentadura, y los ojos se le empequeñecen, lanza una risita al suelo, de verdad simula ser otro, casi no lo reconozco. Realmente entiende los cuadros, lo intuyo por el desorbitado ademán en su cara, sé que desearía tener una colección así. Se pasea por la habitación, da varias vueltas y en cada una dice encontrar nuevos significados. Me comenta sus interpretaciones, y me continúa intrigando la exactitud con la que describe mi intención. Es como si fuera yo, y que al contemplar la epifanía de mi arte me devolviera mi lucidez. Se mantiene erguido frente a cada imagen, ya no tiene esa figura de perdición, ahora es como yo, somos uno cuando le muestro lo que he hecho... Aunque él también debe formar parte de mi colección, este vago se ha adelantado a los hechos, sabe de antemano lo que estoy a punto de hacer y me dirige constantemente una mirada que penetra mis intenciones, no es una advertencia ni una amenaza, es más como si me retara. Da muestra de que está a punto de decirme algo, pero se queda inmóvil; quiero escuchar sus comentarios, así que aguardo, expectante, la inminencia de su revelación...

—Antes que nada, déjeme decirle que son muy interesantes sus obras; la manera en que juega con los colores, con la planicie y los fondos es en verdad

asombrosa. Creo identificar cierta narrativa en toda la selección, como si la historia fuera evolucionando con el tiempo y usted se refinara después de cada creación. Tengo un sentimiento distinto si me enfrento individualmente a los cuadros, ninguno me ha provocado indiferencia. La fisonomía de la colección, llena de limpias metáforas, es una veneración alucinante hacia la imagen. Usted esclarece, mi buen amigo, usted entrecruza los instintos y los hace infinitos. Es digna de clamor la fidelidad con que plasmó el hartazgo de las personas, una antología de degradación. No se marchitan los modelos, están anclados a la trascendencia. Su lenguaje de pronto quema, mi amigo, luego corrompe, después aflige, o puede incluso motivar al derrumbe y al colapso. El ácido dolor que usted expresa es un peso que como crítico no puedo ignorar, ya que enriquece sobremanera la paulatina ferocidad de su arrojo. Si uno se detiene en medio de la habitación para meditar las imágenes, encontrará que separadas son sólo ruido y estruendo, pero unidas por el caos se convierten en un misterioso canto de silencio: el abyecto llanto de la música... Sin embargo, es mi deber como censor decirle que, a pesar de lo inmaculado y minucioso de su obra, carece de lo primordial: la vida de su creador. Por algunos instantes no estuve seguro de que usted hiciera esto, creo que en realidad fue otro. ¿Acaso no ha sentido, en el transcurso de la creación, como si una fuerza desconocida lo guiara? Su deber como artista es dominar esa bestia que lo motiva a crear, no dejarse llevar por la pasión o la razón, sino moldear la *Presencia*. Usted se entrega por completo, anulándose. Por eso, mi amigo, lamento comentarle, con mucho pesar, créame, que su obra no está a la altura del arte.

—Lucas mantuvo flotando una tensa atmósfera por la habitación.

—Tu crítica es iluminadora, Fernando, y yo también concuerdo con la mayoría de las anotaciones que me haces, a excepción de la última. Según tú, ¿qué es lo que haría mejorar mis obras y elevarlas al nivel del arte?

—El sacrificio, ese es el acto más sublime que puede realizar un hombre. Usted, mi amigo, debe dejar atrás las muertes presuntuosas y sacrificar todo en su vida.

—Entonces, según tus acotaciones, ¿debo matarme?

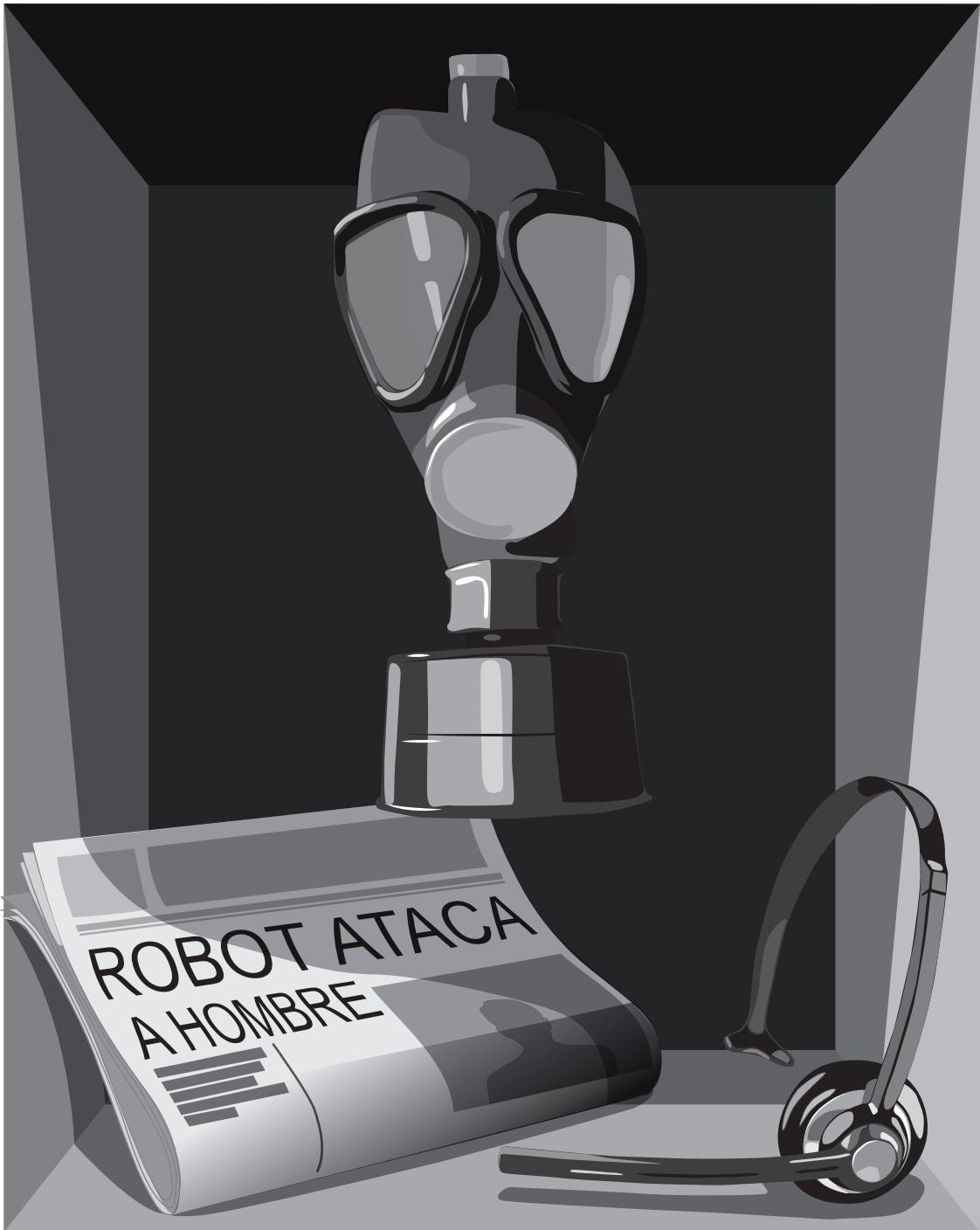
—Aparentemente no, ya que a usted no le importa en lo más mínimo su existencia, prueba de ello es su obra, desprecia las consecuencias que estas creaciones puedan ocasionarle. Usted debe sacrificar lo que más ama... dígame... ¿tiene familia?

—Sí, pero ellos están afuera de todo lo que yo haga.

—Claro... ¿ahora puede ver con nitidez lo que le decía? Usted es capaz de matar a sangre fría a miles de personas, sin remordimiento ni fatiga, pero es incapaz de rozar la superficie del sufrimiento... no del dolor, porque eso es efímeramente físico; hablo de ese malestar del alma: el quebranto irreparable de nuestro interior. Su obra es un buen intento, sin embargo, no alcanza. Si de verdad quiere perseguir lo sublime, necesita renunciar a su condición humana...

Mientras Lucas creaba el último cuadro, sus lágrimas consumían la fuente del tormento. Gozaba alegremente su árido martirio, como si realizara el acto más placentero y el más avasallador en el universo. Lucas exhalaba dicha y desesperación en cada sollozo. Por fin estaba completo dentro de la destrucción total. Era un sentimiento indecible de vacío y plenitud. Le pareció ver una sonrisa maliciosa en Fernando, igual a la que tenía él al verse en el espejo: mismo cuerpo, misma voz, era un doble de sí que desaparecía lentamente en su sombra.

El cuadro se formaba de tiempo y espacio, vértigo y calma, aquella imagen se hacia perpetua, como una ciega incandescencia que habitaba lo desconocido. La colección estaba completa; y Lucas, emocionado, sonreía al ver sus obras... encerrado en las paredes, contemplaba a su hijo y a su esposa transformados sobre la mesa, convertidos en entes de idolatría, como si fueran el único fragmento omnisciente del arte.



La boca del diablo

Liah Annh

Cuando vi el lugar apenas podía creer que fuera el mismo del que me había hablado don Cruz. Por más que trataba de recrear el pueblo con las descripciones que sabía, me resultaba imposible. Había muchos mitos que lo rodeaban y eso era lo que me había motivado a visitarlo. Lo que sabía del pueblo me lo había contado don Cruz. Desde cuentos populares como apariciones y nahuales, hasta acontecimientos reales y escalofriantes como la vez que lincharon a un vendedor de libros sólo por haber cometido el error de cargar consigo un ejemplar de la biblia satánica. Era un pueblo de fe religiosa arrraigada que iba heredándose por generaciones, pero también un lugar de gente trabajadora; entre otras cosas me había hablado sobre su fama de ser un buen lugar para empezar negocios, dado su aislamiento, todo lo que llegaba resultaba una novedad. Había sido un pueblo próspero, de abundante vegetación y muy tranquilo.

Venían de todas partes, joven, unos pusieron sus localitos y otros trajeron negocios grandes. Les llamaba la atención tanta planta curativa, la ponían en los frascos y después hacían medicina. Un día llegaron gentes que hacían venenos para las plagas, nos cayeron del cielo, joven. Ese mes había sido una plaga, los escuincles andaban todos piojosos, nos enchinchamos y los del

campo pior, las milpas se llenaron de gusanos. También llegaron otros que hacían veladoras. Había hartas gentes de afuera.

Estaba muy entusiasmado por conocer el pueblo, su misticismo y leyendas me tenían fascinado. Aunque más me intrigaba saber cómo un lugar fértil y próspero había pasado a ser un pueblo fantasma. Entre las leyendas que conocía, me llamaba la atención una en particular, que contaba acerca de unos golpes subterráneos que parecían provenir de una especie de formación rocosa a pocos kilómetros del centro, estos eran estruendosos y a cualquier hora se escuchaban. Los pobladores en su clamor decían que esos golpes eran latigazos del Diablo que moraba en aquel sitio y quería escaparse de las penumbras para apoderarse de las almas de ese pueblo fiel a Dios, sólo para quebrantar la fortaleza de su fe.

Narraban acontecimientos extraños alrededor del sitio, de gente que se había acercado a curiosear y les había caído un castigo tremendo.

Uy, joven, nomás fíjese que una vez la hija de don Pancho el panadero se acercó estando preñada y cuando la cría nació resulta que no tenía cerebro. Sí, así como lo oye, la cría estaba hueca y nomás duró unas poquititas horas, yo lo vi en su cajita al pobre, tenía la carita moradita y los ojos hinchados. Pero pos dicen que eso fue porque la chamaca se metió con el primo, nació así porque allá arriba le mandaron su castigo. Doña Macaria también se andaba acercando, y una mañana la encontraron tiesa. La pobre tenía los ojos salidos, se le apareció el patas de cabra, aunque después le echaron la culpa al hijo quesque porque estaba loquito y que lo encierran en el loquero. Pero no, joven, fue cosa del Diablo, que le dio su estate quieto por andar de fisgona.

Yo estaba seguro de que todo eso eran fantasías esotéricas, sin duda era un lugar interesante y digno de llamársele mágico, pero siempre he tenido la certeza de que es la ignorancia de un pueblo la que alimenta el sentimiento de credulidad. Seguro que todos los “raros” acontecimientos tendrían una explicación, pero por mucho que se les dijera algo lógico, les gustaba más creer en esas cosas sobrenaturales; al final eso les daba algo en que distraerse.

Le juro por nuestra madrecita, que en el pueblo había gente. Pero fue obra

del Diablo. El padre ya nos había dicho que no nos acercáramos al bulto porque el chamuco nos iba a tentar, pero no faltó el méndigo necio que desobedeció. Que dizque nos iba a demostrar que ahí no había ningún diablo, se puso a agujerear bien hondo cuando de repente que se le aparece.

Había sido una tarde lluviosa, un joven llamado Alfonso se dispuso a escalar en la formación rocosa. Ya había hecho un agujero profundo cuando una especie de espectro verdoso salió de la tierra y se fundió con el agua que caía del cielo, dice que era el mismo Diablo. Alfonso se tiró al suelo y se puso a rezar, entonces se desvaneció y no supo más hasta que despertó y se dio cuenta de que había quedado ciego.

Salí muy temprano de casa, aún no salía el sol y hacía un frío bárbaro. Además de curiosidad por conocer el lugar, también iba dispuesto a estudiarlo y develar el motivo por el que dicho pueblo había tenido tan trágico final. El camino era muy estrecho y largo, con árboles viejos, de ramas caídas y espesas. Un recorrido de tres horas que me pareció interminable. A pocos metros de llegar a nuestro destino, un atípico anuncio nos recibió: *Bienvenido a la Boca del Diablo*. Nada más leerlo me estremecí, era como entrar a un lugar fantástico que muchas veces había tratado de imaginar con los relatos de don Cruz.

Popularmente también le llamaban el Pueblo de los Ciegos. Despues del acontecimiento, el pueblo quedó destrozado, los pobladores fueron desalojados y los límites del lugar se acordonaron con vallas. Al principio lo custodiaban pero después lo dejaron en el olvido, argumentando que por la dimensión de la catástrofe era imposible restaurarlo. Era un pueblo pequeño, hendido en una especie de acantilado a poca profundidad, se rodeaba de árboles enormes que apenas lo dejaban asomarse.

Llegué dispuesto a desmentir todo ese mito acerca del Diablo, aunque por otro lado también sentía que al hacerlo era una forma de hacer justicia a un pueblo que había sido olvidado y exiliado, cuyos vestigios apenas contaban historias de un lugar que ya ni siquiera figuraba en un mapa. Un pueblo cuyo nombre era preferible olvidar.

Al acercarnos, un sentimiento de melancolía me invadió. El panorama era más desolador y deprimente que como me lo había descrito don Cruz. Una especie de burbuja de neblina cubría esféricamente el lugar, daba una terrible sensación de encierro.

Ay, joven, al poco rato de que paró la lluvia, divisamos que el cielo no estaba igual. Había harta neblina como azul y apestaba feo. El padrecito nos pidió que rezáramos, el chamuco ya andaba suelto y no sabíamos qué más podría pasar. Fíjese que endenantes de que se escapara, nos dijeron que la partera del pueblo había ido a sacar un chamaco, la pobre al ver al crío casi se vuelve loca. Salió gritando que el chamaquito tenía el hocico torcido, que no había llorado el escuincle. Ya nos andaba toreado aquél.

Al acercarme más, pude darme cuenta de que ese manto esférico no era simple neblina, pues tenía ese matiz azulado que me había dicho don Cruz y además despedía un olor fétido. Antes de entrar nos cubrimos con overoles, batas y máscaras antigases.

Descendimos al pueblo. Entre más nos adentrábamos, una atmósfera oscura nos rodeaba. Adentro se podía ver el espectro azul en el cielo, daba la impresión de estar anocheciendo.

La temperatura dio un cambio drástico, dentro de la burbuja estaba demasiado caliente y pronto empecé a sudar. Empezamos a caminar sin rumbo con el fin de atravesar el pueblo. Lo que quedaba de las calles estaba totalmente cubierto con una materia chiclosa de color iridiscente, como las manchas de aceite automovilístico que se mezclan con el agua en el pavimento. No había rastros de vegetación, la mayoría de las viviendas tenía techos de lámina que estaban oxidadas y picadas por el tiempo y el abandono. Había detalles que nos confirmaban la antigua existencia, harapos tirados por todos lados, palas, tractores y basura; todo estaba cubierto de ese lodo.

Cuando dedujimos que estábamos al otro lado del pueblo comenté con mis colegas acerca de la formación rocosa de donde creían que provenían los golpes, así que nos pusimos a buscarla. Fue un trabajo muy laborioso, pues la espesura de aquella neblina apenas dejaba vernos entre nosotros, además de

que la materia chiclosa entorpecía nuestros pasos. Al fin dimos con nuestro objetivo, nos pusimos a tomar fotografías y muestras; la formación rocosa no impresionaba tanto como para habersele considerado el recinto donde supuestamente vivía el Diablo, pero la materia con la que se formaba el pequeño volcancito sí que era muy peculiar, su color era gris brillante como si fuera un metal y en cuanto la tocábamos se desintegraba, pero al tratar de calarla estaba muy dura. Enfrascamos diversas muestras, no tantas como hubiéramos querido porque la temperatura realmente era insopportable.

Pos yo nomás le digo, joven, que si va al pueblo no mueva nada, no vaya a ser que el malo ande por ahí.

Empezamos a caminar para buscar salida. Entonces me percaté de que la neblina descendía cada vez más, les llamé a mis compañeros para informarles pero no obtuve respuesta. Llamé otra vez, pero noté que mi grito se escuchaba ahogado, como si estuviera encerrado en un cuarto pequeño y cerrado. Algo estaba obstruyendo el sonido porque al caminar tampoco escuché el ruido de mis zapatos despegándose del lodo.

Esa tarde, me acuerdo de que todos corríamos desesperados para buscar ayuda. Algunas gentes se las tragaba la tierra, naiden pudo ayudarlas y desaparecieron. A los que juimos quedando, nos dijeron que teníamos que irnos. Los que venían quesque a recatarnos, ni entraban. Desde arriba nos gritaban que saliéramos. Pero jué tarde, algunos nos quedamos ciegos, otros desaparecidos. Muchas crías lloraban porque la lluvia les había quemado.

Empecé a caminar para buscar la salida cuando mis pies comenzaron a hundirse en el lodo, grité fuerte para pedir ayuda a mis compañeros pero seguía sin respuesta. En esos momentos me imaginé el horror de los pobladores frente a aquella situación tan sorprendente y macabra.

No sé cuánto tiempo ya llevaba ahí, la tierra me consumía de una manera lenta y desesperante. Hacía tanto calor que sentía la cabeza hirviente, pero me resistía a quitarme la máscara en un lugar que era potencialmente tóxico. No podía ver nada alrededor, sólo el insopportable azul de la espesa neblina.

A poca distancia estaba la formación rocosa. Apenas podía verla, brillaba a

pesar de la neblina que impedía el paso de la luz solar. Traté de buscar alguna superficie donde detenerme pero no había nada, el movimiento sólo hizo que me hundiera más.

Vi al cielo, por dentro la burbuja parecía tener un azul más intenso que el de afuera. Ya no soportaba el calor, la máscara me empezaba a provocar asfixia, sabía que no podría salir de ahí. Con angustia me quité la máscara.

Pude ver con más claridad la formación rocosa. Entonces lo vi, era un enorme espectro verde que salía de la tierra y subía al cielo. Empecé a sentir sus manos que me jalaban hacia dentro, esta vez con más velocidad. Grité con desesperación pero nada había ahí. Mi cuerpo se hundió de tajo hasta cubrir mi cuello, mi cara quedó a milímetros del suelo, entonces aspiré el nau-seabundo hedor del lodo. Un horrible picor me hizo toser, mis ojos lagrimeaban sin parar. La horrible peste era insoportable. Así fue como mi verdugo anunció su llegada, la ciencia nunca me lo dijo pero no podía estar equivocado, todo el mundo sabe que el olor del Diablo es el mismo que el del azufre.

La génesis de una duda

José María Ruiz C.

Para Albert todo lo que había vivido se basaba en un cúmulo de certezas. Los procedimientos que ejecutaba eran algo ordinario y mecánico donde el acto dubitativo no tenía cabida. Iniciar una jornada significaba llevar a cabo una serie de tareas con una precisión que rayaba en la exactitud y tocaba los linderos de la perfección. Finalizaba el día con la satisfacción de haber cumplido con su cometido y con la seguridad de haber hecho felices, al menos un poco, a quienes tenía más cerca.

Desde que fue consciente de su existencia, Albert conocía con toda claridad y entendimiento las tres leyes que lo regían:

1ra. Un robot no hará daño a un ser humano o, por inacción, permitirá que un ser humano sufra daño.

2da. Un robot debe cumplir las órdenes dadas por los seres humanos, excepto si estas órdenes entran en conflicto con la *1ra. Ley*.

3ra. Un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no entre en conflicto con la *1ra.* o la *2da. Ley*.

Estas leyes son formulaciones matemáticas impresas en el cerebro positrónico

de Albert. Son líneas de código del programa que regula el cumplimiento de las leyes guardado en la memoria principal del androide. De cierta forma, esto es como una analogía o semejanza con lo que ocurre con la raza humana, respecto a las leyes morales que rigen el comportamiento de la especie a la que pertenece el ser humano. Aunque es bien sabido, pero poco comprendido, del extenso espectro de comportamientos, pensamientos y actitudes que presenta la especie del orden de los primates perteneciente a la familia de los homínidos llamada *Homo Sapiens*. Este amplio espectro contiene elementos que van desde lo más sublime y exelso que pueda realizar un ser humano, hasta lo más bestial y diabólico que pueda concebir y ejecutar. A diferencia de Albert, los seres humanos son proclives a no tener muy claras las cosas; a tomar decisiones basadas en sus emociones y sentimientos; y, como regla general, a dudar de lo que detectan sus sentidos.

Albert había sido diseñado para servir a una familia que vivía en una gran residencia. Siempre había sido de mucha ayuda y nunca esperaba nada a cambio. Llevaba a la niña a la escuela; hacía las compras en el supermercado; atendía a la abuela en todas sus necesidades; era el chofer que transportaba al padre de familia, el cual laboraba en una importante empresa de informática; y por supuesto era quien se encargaba de la limpieza y el mantenimiento general de aquella enorme casa.

Como robot pensado y creado para interactuar con humanos, Albert nunca había tenido problemas al momento de hacer su trabajo. Sabía que debía respetar las tres leyes de la robótica. No necesitaba capacitación porque su cerebro *positrónico* ya estaba alimentado con la programación necesaria. Si había un problema de fontanería, Albert lo solucionaba; si fallaba la electricidad, Albert intervenía; si querían entrar a robar a la residencia, Albert lo impedía. Jamás, por sus procesos mentales y de razonamiento deductivo, se había cruzado un atisbo de duda en cuanto a lo que debía hacer. Del medio ambiente recibía estímulos y procedía, una vez verificada la situación, conforme al resultado de su veloz y eficiente análisis de datos. Había momentos en los que tenía que hacer una rápida evaluación de lo que estaba ocurriendo, lo

cual le llevaba algunos nanosegundos efectuar, para posteriormente actuar de la mejor manera posible.

Hay que destacar que Albert jamás se cuestionaba con aquellas preguntas existenciales tan comunes entre los seres humanos como: ¿quién soy?, ¿de dónde provengo?, ¿hacia dónde voy?, ¿cuál es mi misión en la vida?, ¿quién creó la existencia?, y muchas más. No, nada de esto se cuestionaba el androide. Él ya sabía de dónde provenía, conocía a la empresa y a los científicos que lo habían creado; tenía pleno conocimiento de su misión en la vida y jamás dudaba acerca de su existencia y del propósito de la misma. Tal parecía que la duda, como elemento introspectivo, no había sido introducida en su diseño y construcción. Y no sólo en Albert, sino en miles más como él que estaban distribuidos entre los mortales de aquella sociedad.

Ya llevaba cuatro años acompañando a la familia y siempre estaba dispuesto a realizar aquellas actividades que se esperaban de él. Albert no se alimentaba, salvo de energía solar, y no dormía porque simplemente no lo necesitaba. Tampoco pasaba momentos de mal humor ni era preso de la melancolía o tristeza. Cuando estaba en estado de reposo eran esas pocas veces en las que no se necesitaba de su trabajo; y él aprovechaba ese tiempo para procesar toda la información que había asimilado en las horas previas. Eran momentos de reflexión que generaban aprendizaje. Sólo una vez al año su cuerpo requería un mantenimiento general y una revisión por parte de especialistas en robótica y nanotecnología. A dicho mantenimiento acudía él mismo de manera autónoma en la fecha y hora que ya tenía programada.

Poseía una excelente memoria y uno de sus pasatiempos era precisamente recordar, procesar y recuperar las experiencias vividas con la familia a la que atendía. Esto le servía para afianzar sus experiencias de aprendizaje. Esta capacidad le permitió evocar aquellas vacaciones familiares en la playa. Los había acompañado como lo hacía cada vez que salían de viaje; él era un integrante más de la familia. En esa soleada mañana, la niña, que se bañaba alegremente cerca de la orilla de aquella bella playa, repentinamente fue arrastrada por una gran ola que se formó de manera intempestiva. Y él, dise-

ñado para atender cualquier tipo de emergencia, no dudó en lanzarse al agua y salvar aquella vida. Con su aguda visión y con la capacidad de detectar señales de peligro mediante procesos electroquímicos que se activaban en tales casos, actuó con una rapidez ejemplar propia de un modelo como el suyo. También recordó haber experimentado una sensación como de satisfacción al sacar del peligro a aquella niña. Era una sensación a la que no le encontraba sentido, en cierto modo era una emoción *nueva* y no encontraba un nombre para ella, y se dijo a sí mismo que quizás era algo de lo mucho que le faltaba por conocer. Tomó nota mental de dicha sensación, la guardó en un archivo y se dijo a sí mismo que en su próximo servicio anual la reportaría, no fuera a ser un indicativo de mal funcionamiento de alguno de sus sistemas.

«¡Oh, querido Albert!, ¿qué haríamos sin ti?», exclamó la madre, una vez pasada la crisis, al tiempo que abrazaba dulcemente a aquella máquina compuesta de elementos electroquímicos, procesadores multifuncionales, metales ligeros y piel sintética. Y la niña, una vez recuperada, plasmó un cariñoso beso en la tersa mejilla del robot. Albert sólo alcanzó a esbozar una leve sonrisa que denotaba cierta satisfacción. El padre de familia, sin inmutarse, observó el salvamento de su criatura desde la tumbona en la que se encontraba bebiendo su *whiskey* a la vez que murmuraba para sí mismo: «Valió la pena lo que pagué por mi estimado Albert». Dio un largo trago, se levantó y lentamente se acercó a su familia para verificar que su hija estuviese fuera de peligro. Albert finalizó la evocación de este recuerdo y lo guardó meticulosamente en uno de sus millones de archivos que poseía.

Se decía que estos androides de última generación eran lo más seguro que se había inventado para la protección y comodidad de aquellas personas que podían adquirirlos. Toda una sociedad acomodaticia y dada al disfrute de los placeres que la tecnología proveía se beneficiaba de ellos. La empresa que los construía y comercializaba aseguraba que eran infalibles y que contaban con inteligencia artificial. También pregonaban, en sus vistosos anuncios comerciales, que poseían una capacidad de deducción muy aguda, la cual les permitía resolver problemas de una complicación extrema y además tenían

procesos cognitivos que les otorgaban la capacidad de aprendizaje. Asimismo, se decía que no generaban ningún problema a la sociedad, ya que estos robots eran incapaces de experimentar sentimientos y emociones. También se argumentaba que eran muy seguros porque jamás dudaban de lo que debían hacer o de cómo comportarse. Y además eran multifuncionales tanto en los hogares como en el ámbito laboral.

Todo esto lo sabían los ciudadanos que convivían con estas máquinas que hacían tan cómoda la vida. Al principio hubo cierta resistencia a emplear a estos androides, generada por la natural desconfianza a lo nuevo o a lo desconocido, pero muy pronto conocieron las ventajas que les aportaba el uso de la nueva tecnología. También los propios robots sabían de sus potencialidades y de sus limitaciones como seres creados por otros. Sentían respeto por los humanos y hasta cierto agradecimiento por haberles permitido participar de esta realidad a la que habían venido a mejorar. Sí, crear una mejora en la sociedad era uno de los objetivos de este nuevo modelo de robots. Al parecer ellos estaban conscientes de los múltiples males que aquejaban a la sociedad y hacían todo lo posible por resolver las diferentes problemáticas que detectaban.

Pero esa tarde surgiría algo inesperado, parecido a una revelación. Albert se sentía satisfecho con su trabajo y en sus procesos mentales buscaba la manera de mejorar la vida de sus creadores. Él jamás había experimentado la sensación que se formó y se introdujo en sus circuitos aquella tarde.

Va conduciendo el coche rumbo a la empresa de su patrón cuando de pronto ve un forcejeo en la entrada de un callejón. Se detiene y se acerca para verificar el origen de aquella violencia. Se encuentra con un hombre que tiene inmovilizada a una adolescente mientras la está violando con embestidas brutales. Albert, con la velocidad que le permiten sus procesadores electrobioquímicos, evalúa la situación y separa al fornido hombre de la niña, lo sujetó por el cuello y empieza a apretar gradualmente con aquella mano de metal ligero.

Y en ese preciso instante surge algo inconcebible y revelador para el android: una duda. Pese a las leyes de la robótica, Albert no sabe en qué momento detener la presión de su mano.

Nocturnal 6

Héctor Hugo Barajas

Lo que les voy a contar pasó ya hace varios años en un bosque rumano cerca de la ciudad de Bucarest, hasta ahora no se ha hallado explicación alguna a este incidente tan extraño y sólo queda la duda de saber qué pasó en el lapso de la noche del 7 de mayo de 1887 a la mañana del día siguiente. No se sabe dónde se encuentran los vestigios que guardaron para sí Velkan e Ileana de ese momento tan aterrador en sus vidas.

La pareja vivía en una casa a las orillas del pueblo. Su actividad principal era la agricultura. Poseían una gran extensión de tierra en la que sembraban las plantas típicas de la Europa del Este. El clima no había sido tan violento, por lo que se avecinaban tiempos buenos para los dos. El ambiente en el que vivían era tranquilo, no gustaban mucho del trato con las personas, pues preferían compartirse uno al otro, sin intermediarios, como debe ser un matrimonio joven.

Disfrutaban de una existencia sin complicaciones, trabajo por la mañana para Velkan; hogar y atención a su marido de parte de la robusta pero bella Ileana. En las tardes, el dúo solía salir a dar paseos por entre las arboledas completamente verdes y cerradas, clásicas de la región balcánica. El amor los mantenía fuertes, unidos. Se repartían el trabajo por igual. Las noches eran

ardientes en las cuatro paredes de su casa, los domingos cálidos y reconfortantes. ¡Qué hermoso puede ser el matrimonio cuando se vive en armonía!; en otras palabras, en mutua comunicación.

Una noche, después de la pasión quemante de dos seres que se aman hasta los límites, la pareja descansaba cómodamente en su cama suave y tibia gracias a sus hermosos cuerpos que evocaban a Orfeo y Eurídice, perfectos especímenes al cuidado de las afables manos divinas. El sueño los vencía lentamente, Ileana tardó un poco más en conciliarlo mientras que su amado cayó rendido ante el cansancio, consecuencia de la satisfacción que le hubo regalado a su esposa. Ya de madrugada, ella pudo escuchar un sonido extraño, segundos más tarde un centelleo de luz entraba por las cortinas translúcidas de su ventana, la cual daba al bosque. La mujer se incorporó suavemente para no interrumpir el dormir de Velkan, colocó las sandalias en sus pies para luego caminar a la mencionada ventana, con el fin de saciar su curiosidad por saber el origen de las luces.

Con sus manos callosas abrió las cortinas, el reflejo de su rostro en el cristal permitía ver, de forma parcial, el contorno de sus labios carnosos y sus ojos pequeños. La luna llena alumbraba los árboles, pero, más allá, en un claro que sobresalía de entre las copas de los pinos, ella pudo divisar algo que emitía una luz de color azul y rojo, a pesar de que dicha fuente se hallaba relativamente lejos de su hogar. Presa del cansancio, Ileana no dio mucha importancia a esa visión, por lo que regresó a su mundo, a su hogar: los brazos poderosos y apiñonados de Velkan, quien seguía perdido en dulces sueños con su bella esposa.

Al día siguiente, muy de mañana, el hombre salió a trabajar un poco. Quiso ir por su caballo y reparar unas cercas derruidas ya por el paso del tiempo.

Tomó el animal, lo ensilló y montó a ese lugar que estaba un poco antes de los bordes de una floresta que delimitaba el bosque. Llegó a la cerca y con martillo en mano tardó no más de treinta minutos en reparar el desperfecto de la pequeña cerca de madera. Se disponía a recabar su herramienta cuando, de entre unos troncos que estaban a unos metros de él, logró ver de reojo que se asomaba un objeto blanco de tamaño considerable. Alertado, se levantó completamente, dio tres pasos hacia los troncos, permaneció quieto, pasaron unos instantes de calma, los trinos matutinos eran el fondo de ese momento que parecía eterno y, súbitamente, como un látigo, una figura humanoide salió disparada de su escondite a la espesura del bosque, a la protección del anonimato; Velkan reaccionó de manera formidable e inició la persecución de lo que vio moverse.

La huida tardó unos minutos, el veloz hombre sólo veía como esa silueta salía y entraba entre la maleza; pudo mantener el paso, pero después, como si hubiera sido magia, el humanoide desapareció tras circundar una gran roca llena de musgo húmedo; el persecutor se detuvo, inspeccionó los alrededores, pero no halló rastro alguno, en su lugar, y luego de escudriñar la zona, encontró una diadema. Era de color negro, el material del que estaba hecho era duro pero flexible y tenía en sus extremos dos pedazos suaves como hechos con algodón acolchado del mismo color que todo el objeto.

Velkan regresó tan rápido como pudo. Entró de golpe a la cabaña haciendo que Ileana se sobresaltara y dejara caer al piso una bufanda que tejía para él. Juntos, como siempre, examinaron el objeto, lo vieron de punta a punta y no supieron de dónde podía provenir tal maravilla. Ya que parecía una diadema, la mujer la colocó sobre su cabeza, ile quedaba a la perfección!, iqué extrañados quedaron al notar que los extremos acolchados quedaban justo a la altura del oído y boca respectivamente! Ileana se levantó de la silla donde estaba con el artefacto puesto, deseaba mirar cómo lucía con él, entonces, iuna voz extraña sonó dentro de su cabeza! Violentamente lo quitó de su cabellera larga y crespa para lanzarlo con temor al suelo. Con caución, su esposo dio un vistazo último a tan extraordinario objeto, lo colocó justo como su esposa lo hizo.

—*Hören Sie?* —se escuchó una voz gruesa—. *Wo sind Sie?* —se volvió a escuchar y Velkan quedó helado de miedo al no entender lo que sucedía, con mucha angustia, guardó el objeto en una caja de madera que escondió en lo más profundo del gran ropero que estaba al fondo de la recámara.

La noche llegó rápida y puntual. La pareja hace sus rituales acostumbrados para pasar unas horas tranquilas y sin preocupaciones. El incidente matutino ha pasado a segundo término, la prioridad de Velkan es ni más ni menos que ser proveedor de su pequeña familia. Entrada la noche, se aman en diversas posiciones para el placer de ambos, se colman de besos y caricias prohibidas pero llenas de éxtasis.

La luna llena vuelve a alumbrar el ambiente, ambos están exhaustos por su actividad amatoria, el silencio de su cabaña se adorna con los sonidos de los grillos que cantan alegres con sus pequeñas patas, semejando violines nocturnales; se escucha uno que otro pájaro, pero la paz es la que reina en ese instante. La cama caliente los arrulla, sus cuerpos desnudos se fusionan en un abrazo dulce, sus caras están a unos centímetros, el momento más tranquilo ha llegado.

Repentinamente, se escuchan pasos acelerados en el pórtico de madera. Velkan se levanta alarmado de un salto, Ileana abre los ojos tanto como puede para mirar más allá; en la ventana, la mujer alcanza a notar algo que se ha movido rápidamente, los pasos ahora se oyen sobre el césped y tratando de buscar la puerta principal; la encuentra, el gran seguro de hierro forjado gime ruidosamente al intentar ser violado por alguien que se encuentra afuera.

—¿Quién está allí?

Los pasos se detienen, el hombre se desliza pausadamente a su derecha, donde reposa un gran rifle prusiano que le compró a un veterano de guerra; la mujer toma la pistola que estaba justo bajo la cama.

—¡Shhhhhh!, no hagas ruido —el esposo musita a su mujer, con miedo Ileana se levanta del lecho, uno... dos... tres pasos con cautela... ¡Algo como una cabeza se ha asomado! Ileana no lo piensa dos veces y dispara hacia el vidrio donde vio tal cosa. ¡El impacto de la bala le hace un agujero al cristal

del tamaño de una ciruela! Velkan grita y corre estrepitosamente lanzando maldiciones, se escucha cómo el intruso cae al verse descubierto, la mujer abre la ventana y ve cómo un ser va corriendo directo al bosque ¡Velkan no lo dejará escapar esta vez! Sale y lleva a su esposa consigo adonde están los caballos, toman dos, ni siquiera los ensillan, y se lanzan al acecho del intruso.

Los equinos corren, jadean por el esfuerzo y al fin localizan la causa de su miedo, él sigue corriendo; los corceles continúan su marcha, Velkan dispara a lo que se mueva, Ileana, más diestra en la pistola, ve la oportunidad de atinar a su objetivo y, tras accionar el gatillo con seguridad, ve cómo el ser se desvanece al sentirse herido por la bala de plomo que escupió la pistola, recuerdo de su hermano fallecido.

Los esposos detienen su carrera frenética cuando llegan donde Ileana hirió al fantasma, así lo ha empezado a llamar Velkan, no hay rastros de él, sin embargo, un líquido viscoso rojo ha dejado una traza que será fácil de seguir. De su mochila, el varón extrae una lámpara que arde débilmente. Caminan un poco más, hasta donde el rastro los ha conducido.

—¿Qué diablos es eso? —dice Ileana boquiabierta. ¡No puede creer lo que sus ojos ven! Luces multicolores alumbran un claro entre los árboles, un artefacto grande, de color plateado, no saben qué material es, parece hierro pulido; cuatro patas puntiagudas lo suspenden por encima del suelo. Nunca han visto algo así, es como una esfera enorme, mide por lo menos seis metros de diámetro.

Velkan lo rodea, Ileana no se mueve. ¡Hay una escalerilla que llega a un tipo de puerta de la que sale un gas blanco!

—No subas —grita Ileana, pero es demasiado tarde, Velkan está ya a la mitad de las escaleras. Entra. La mujer se desespera.

—¡Velkan! ¡Velkan!, ¿dónde estás? ¡No me dejes sola! —El hombre baja con desesperación como si hubiera visto al propio Lucifer, toma a Ileana de la mano y se disponen a huir... la bella dama lo jala hacia atrás y le señala un bulto color blanco que está tirado a unos metros de la esfera de metal, les

aquel ser!

Se acercan sigilosamente, Ileana, movida por algo inexplicable, lo ve, después se inclina, toca la piel de ese humanoide y se da cuenta de que es ropalo que siente con sus dedos largos. El cadáver tiene un disparo justo en la parte baja del cuerpo, la sangre brota y aún está caliente.

—¡Vámonos, mujer! ¡Son demonios! —dice aterrado Velkan.

Algo llama la atención de la mujer, es un emblema circular que se encuentra despegado del hombro del ente. De pronto, iel brazo del moribundo alcanza a sujetar la ropa de Ileana! ¡Aún no está muerto! Ileana da un grito de horror y, jaloneándose, se libera de las manos del ser, no sin antes arrancar el emblema que tanto llamó su atención y sin que Velkan se diera cuenta.

Las imágenes pasan por la mente de Ileana. Alto, robusto, con guantes gruesos, zapatos toscos como botas, una mochila extraña a su espalda con varios rectángulos y símbolos resplandecientes, iesa cabeza redonda! ¡Con rostro dorado!

¡Dorado todo! ¡Sin cara! ¡Sólo el rostro redondo reflejando la luna y la faz de Ileana!

¡La expresión del terror hecha mujer!

La mañana siguiente la pareja vuelve. No hay nada. Ni artefacto ni demonios. El joven matrimonio va a misa con más frecuencia, Velkan ha levantado una nueva cerca rodeando el lugar del encuentro. No hablan del incidente. Se aíslan más de la ciudad. Las personas se preguntan el porqué del repentino cambio de ambos.

Han decidido marcharse lejos. El solo ver aquel claro hace que se estremezcan del horror por lo acaecido esa noche. Cuando Velkan no la ve o por las noches, en soledad, Ileana saca de uno de los bolsillos de su delantal un

66 Alta hora

círculo bordado color azul en el cual resalta una “e” blanca. Debajo de la insignia, con letras igualmente bordadas en azul se puede leer: “*Europäischen Weltraumorganisation*” (Agencia Espacial Europea).